ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

NOVELA

LAS CACHORRAS DE GUIJARRO BRILLANTE

TRADUCIDO POR
LEX_IS_DUMB

LOS GATOS GUERREROS

LAS CACHORRAS DE GUIJARRO BRILLANTE

¿Qué pasó con Guijarro Brillante después de perderse en el viaje del Clan del Cielo al lago?

Título Original: **“Warriors: A Warrior’s Spirit: Pebbleshine’s Kits”**
Erin Hunter, *2020*
Arte de Portada: **刘野 Liu Ye**
Arte de encabezado: **Owen Richardson**

Traducido por: **Lex_is_Dumb y Dannqvxi**
Corregido por: **Pichu06**

DEDICATORIA

Un agradecimiento especial a Cherith Baldry.

CONTENIDOS

DEDICATORIA…….. 4

FILIACIONES……. 6

CAPÍTULO 1……... 8

CAPÍTULO 2……... 15

CAPÍTULO 3……... 23

CAPÍTULO 4……... 30

CAPÍTULO 5……... 39

CAPÍTULO 6……... 44

CAPÍTULO 7……... 49

CAPÍTULO 8……... 52

CAPÍTULO 9……... 57

FILIACIONES

CLAN DEL CIELO

LÍDER

ESTRELLA DE HOJAS — gata atigrada marrón y crema, con hermosos ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

BIGOTES DE AVISPA — gato gris y blanco.

CURANDE-ROS

CANCIÓN DE ECO — gata atigrada gris plateado con ojos verde esmeralda.

APRENDIZ, ZARPA INQUIETA (gato blanco y negro).

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

MANTO DE GORRIÓN — gato atigrado marrón oscuro.
ALA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

APRENDIZA, ZARPA RIZADA (gata gris de pelo largo).

MACGYVER — gato blanco y negro.
CORAZÓN FLORECIENTE — gata naranja y blanca.
ALA DE AVE — gata negra.
NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.
HOJA BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.
CHARCO RILEY — gato atigrado gris claro con rayas gris oscuro y ojos azules.
NARIZ DE SALVIA — gato gris claro.
SALTO DE CONEJO — gato marrón.
SEMILLA DE PEREJIL — gato atigrado marrón oscuro.
HELECHO DE FUEGO — gata rojiza.
ARROYO HARRY — gato gris.

REINAS

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

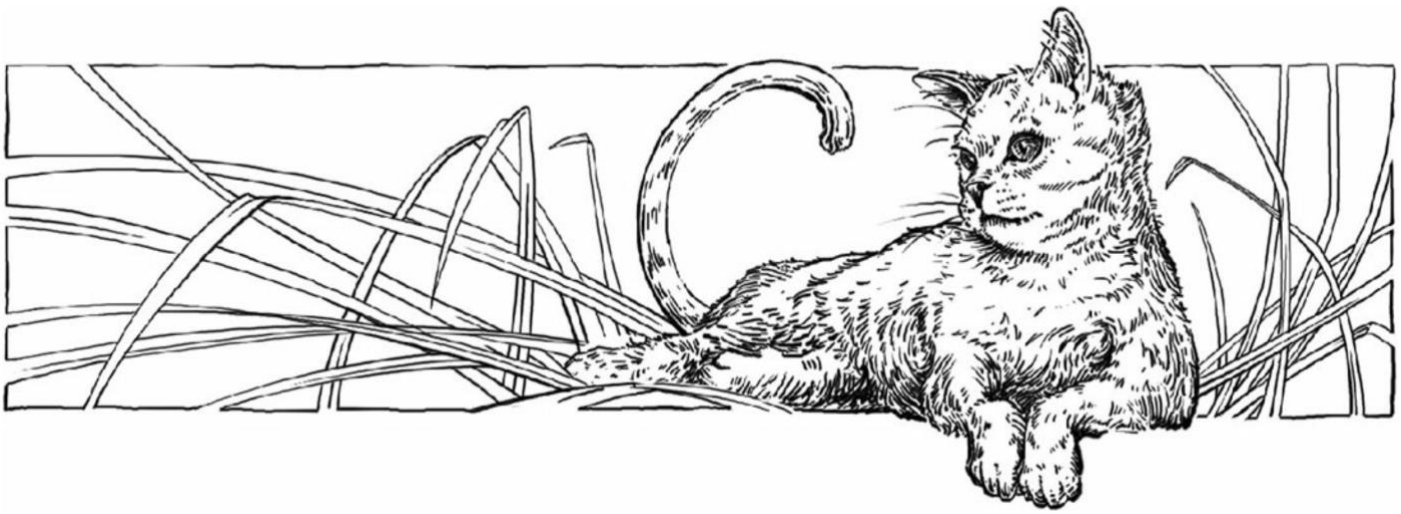
GUIJARRO BRILLANTE — gata blanca con pequeñas manchas marrones, de ojos verdes.

SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

COLA DE TRÉBOL — gata marrón claro con el vientre y las patas blancas.



Capítulo 1

Las espinas arañaron la espalda de Guijarro Brillante mientras se abría paso entre la hilera de arbustos, pero el dolor del hambre en su estómago la empujó hacia adelante hasta que emergió al otro lado. Habían pasado casi dos lunas desde que el Clan del Cielo había dejado su hogar en el desfiladero, y todos los guerreros estaban hambrientos y cansados. Guijarro Brillante se sintió aun más que los demás, ya que estaba cargada de cachorros. Sabía que sus compañeros de Clan al otro lado de los arbustos estaban casi listos para abandonar la caza. Mirando hacia abajo, se congeló en estado de parálisis, clavando sus garras en la tierra.

Frente a ella había una amplia extensión de terreno, cubierta con la misma materia dura y negra que un Sendero Atronador. Varios monstruos de Dos Patas estaban agazapados allí, y más allá de ellos se elevaban las paredes grises de una vivienda de Dos Patas. A través de un hueco en la pared, un estrecho Sendero Atronador se alejaba en la distancia.

Guijarro Brillante comenzó a regresar al refugio de los arbustos. Todos sus instintos le advirtieron que se perdiera de vista antes de que los monstruos la vieran. Pero antes de que hubiera movido más de un par de pasos con la pata, se dio cuenta de un delicioso aroma que flotaba entre sus mandíbulas. Se detuvo, probando el aire para identificar de dónde venía el olor. Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando se dio cuenta de que estaba saliendo de uno de los monstruos de Dos Patas.

«*¡Es una presa! Hay una presa atrapada en la espalda de ese monstruo ¡Imagina lo que podré traer a mis compañeros de Clan!*». Guijarro Brillante pudo ver que ninguna de las enormes criaturas se movía. Tal vez estaban todos dormidos. Su corazón empezó a latir más rápido al pensar en el riesgo que ella y sus compañeros de Clan tendrían que correr para robar presas de

las mismas fauces de un monstruo. Entonces su vientre gruñó, recordándole lo hambrienta que estaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella y sus compañeros del Clan del Cielo habían tomado una bocanada de presas hasta estar llenos?

—¡Aprovechemos nuestra oportunidad! —murmuró para sí misma.

Guijarro Brillante dejó que el lugarteniente del Clan, Bigotes de Avispa, tomara la iniciativa mientras se aventuraban a investigar al monstruo que olía a presa. Su compañero, Ala de Halcón, caminó a su lado, mientras Zarpa Rizada y Corazón Floreciente, los miembros restantes de la patrulla, cerraban la marcha.

A medida que ella y sus compañeros de Clan se acercaban, Guijarro Brillante comenzó a escuchar cloqueos provenientes de la parte posterior del monstruo, desde el interior de cajas brillantes que parecían lechos extraños.

—¡Hay pájaros ahí dentro! —exclamó Ala de Halcón.

—Y están atrapados —agregó Guijarro Brillante—. Deben ser una especie de presa para los Dos Patas.

Bigotes de Avispa asintió.

—Eso es exactamente lo que son. Se llaman gallinas. Unos Dos Patas cerca del desfiladero solían tenerlas.

Guijarro Brillante se quedó mirando los lechos brillantes, lo suficientemente cerca ahora para ver la masa de plumas presionadas contra los lados, y algunas cabeza que sobresalían con picos afilados y ojos pequeños y brillantes. El tentador olor era aun más fuerte aquí, y el hambre le atravesó el vientre como las garras de un tejón.

Guijarro Brillante movió las orejas con impaciencia cuando Ala de Halcón y Bigotes de Avispa comenzaron a debatir si valía la pena correr el riesgo.

—Sabes —maulló Guijarro Brillante, mirando con cautela a su alrededor—, el monstruo está dormido y no hay ningún Dos Patas alrededor. —Volvió la mirada hacia el lugarteniente, suplicándole en silencio que lo viera a su manera. «*Podemos hacer esto. ¡Sé que podemos!*».

Finalmente, Bigotes de Avispa asintió.

—Vamos a por ello. Ala de Halcón, tú y Zarpa Rizada vigilen. El resto de ustedes, síganme.

—Yo también puedo escalar —maulló Ala de Halcón.

—No, puedo ver que te sigue doliendo la pierna —respondió Bigotes de Avispa—. Eres más útil aquí en el suelo.

Guijarro Brillante miró a su compañero con simpatía. Sabía que estaba frustrado por los efectos persistentes de la lesión en la pierna que había sufrido una luna antes, al caerse de un árbol mientras cazaba una ardilla.

Ala de Halcón miró deliberadamente su vientre en expansión.

—Entonces Guijarro Brillante también debería quedarse aquí —intervino Ala de Halcón.

—Sí, Guijarro Brillante, tienes que tener cuidado —estuvo de acuerdo Corazón Floreciente.

Bigotes de Avispa asintió.

Guijarro Brillante miró a sus compañeros de Clan con creciente exasperación. Sabía que estaban preocupados por ella porque llevaba los cachorros de Ala de Halcón, pero no tenían que tratarla como si estuviera enferma.

—Todavía no soy lo suficientemente grande como para que haga alguna diferencia —protestó, moviendo la cola—. Todavía puedo correr tan rápido como el resto de ustedes. Y fue *mi* idea.

Bigotes de Avispa entrecerró los ojos y luego se relajó con un suspiro.

—De acuerdo. Sigamos adelante antes de que todos muramos de hambre.

Antes de acercarse al monstruo, Guijarro Brillante se detuvo al ver la mirada preocupada de Ala de Halcón y le pasó la cola por el costado. Luego, junto con Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente, trepó a la espalda del monstruo, sorprendida por la sensación desconocida de sus garras raspando contra su dura piel.

Llegaron a una repisa en la parte superior de la parte trasera del monstruo donde podían mirar hacia abajo y ver las innumerables guaridas diminutas llenas de pájaros. Los tres gatos saltaron del lomo del monstruo, se detuvieron y miraron. «*¡Hay tantos lechos!* —pensó Guijarro Brillante—. *Y hay un pollo en cada uno de ellos*». Llamó emocionada a Ala de Halcón y a Zarpa Rizada, haciéndoles saber lo que estaba viendo.

Como Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente avanzaron, el cloqueo de las gallinas se convirtió en graznidos de pánico. Con sus instintos de caza activos, Guijarro Brillante siguió a sus compañeros de Clan, merodeando hacia sus lechos. Guijarro Brillante se deslizó a través de uno de los agujeros en el enrejado brillante, tratando de enganchar a un pollo con sus garras, pero el ave batía las alas con furia y ella no podía agarrarlo. Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente también estaban teniendo problemas:

Corazón Floreciente tiró su pata hacia atrás con un siseo de frustración cuando su pollo la apuñaló con su pico romo, mientras que Bigotes de Avispa solo logró arrebatarle un puñado de plumas.

El agua inundó la boca de Guijarro Brillante mientras el delicioso olor a presa la envolvía. Era enloquecedor estar tan cerca de la presa que necesitaban tan desesperadamente y, sin embargo, ser incapaz de matar.

«*Incluso si logramos atrapar a una de las estúpidas criaturas, no hay forma de que podamos sacarla a través de estos pequeños agujeros*», se dio cuenta Guijarro Brillante. La duda cruzó por su mente mientras se preguntaba si se había equivocado al sugerir esta patrulla en primer lugar. Con determinación, lo empujó lejos. «*Debe haber una forma de abrir los lechos*».

Guijarro Brillante retrocedió un paso y estudió los zarcillos entretejidos que formaban el lecho. Ella y sus compañeros de Clan tejían ramas y enredaderas para hacer guaridas todo el tiempo, pero estos zarcillos eran brillantes, duros y espaciados uniformemente, y no se doblaban al tocarlos. Intentó morderlos, pero eso solo le lastimó los dientes. «*¿Qué se supone que debo hacer aquí? Seguramente los Dos Patas tienen una forma de abrirlos*». Por unos segundos ella estaba completamente desconcertada. Entonces notó una especie de ramita brillante que descansaba en una fronda rizada en una esquina del lecho.

Lo golpeó con la pata y se movió ligeramente. Empujándolo suavemente por un lado, hizo que se moviera aun más y, de repente, Guijarro Brillante entendió cómo se suponía que debía funcionar. «*Si puedo empujar ese extremo hacia abajo* —pensó—, *el otro extremo debería moverse hacia arriba y todo el lado debería abrirse*»

Golpeó con una pata la ramita, pero estaba rígida y no se movió. Silbando furiosamente entre dientes, Guijarro Brillante presionó aun más, usando toda su fuerza.

—¡Muévete, por el bien del Clan Estelar! —murmuró.

Estaba tan concentrada en su tarea que solo fue vagamente consciente de los aullidos provenientes de Ala de Halcón y Zarpa Rizada, que vigilaban el suelo debajo. Entonces escuchó la voz de Bigotes de Avispa:

—¡Estiércol de zorro!

Guijarro Brillante miró por encima del hombro para ver a Bigotes de Avispa y Corazón Floreciente con sus patas delanteras apoyadas en la cornisa desde la que habían saltado.

—¡El Dos Patas! —exclamó Bigotes de Avispa— ¡Vamos!

Corazón Floreciente y él treparon por la pared con las patas traseras, permanecieron en equilibrio durante un latido del corazón en la parte superior y luego desaparecieron.

—¡*Vamos*, Guijarro Brillante! —Bigotes de Avispa aulló mientras saltaba.

—Ya voy! —Guijarro Brillante respondió, pero en lugar de seguir a sus compañeros de Clan, se volvió hacia el lecho. «*Ya casi lo tengo…*».

Una vez más empujó la ramita hacia abajo, y esta vez cedió, saltando hacia arriba y saliendo de la fronda rizada que la sostenía. El costado del lecho se abrió, tal como Guijarro Brillante había imaginado que sucedería

—¡Sí! —ella maulló.

Luego, el pollo se volvió hacia ella, sus ojos pequeños y brillantes enloquecidos por el miedo, y se dio cuenta de que abrir el lecho podría haber sido la parte fácil. Esta era una presa desconocida. Se agachó y siseó a la criatura antes de zambullirse dentro y agarrar al pollo con dientes y garras.

En el mismo momento, escuchó la voz de Ala de Halcón.

—¿Dónde está Guijarro Brillante?

—¡Todavía estoy aquí! —respondió, soltando un bocado de plumas para hacerse oír—. He logrado abrir uno de los lechos. ¡Tengo un pollo!

—¡Entonces baja aquí, rápido! —Ala de Halcón aulló.

Guijarro Brillante trató de arrastrar a su presa hacia un lado de la plataforma, pero el pollo, que chillaba frenéticamente, la golpeaba con las alas y la golpeaba con las patas con garras. Era casi tan grande como ella, y sus plumas eran tan gruesas y suaves que casi la ahogan. Trozos de carne roja brotaron desde la parte superior de su cabeza y colgaba debajo de su barbilla; incluso mientras luchaba con él, Guijarro Brillante no pudo evitar pensar en lo ridículo que se veía. Por unos momentos temió que fuera demasiado fuerte para ella. «*¡Pero no estoy dispuesta a rendirme!*», se dijo a sí misma, luchando por apretar los dientes en el cuello del pollo.

El chillido de Bigotes de Avispa vino desde abajo.

—¡Guijarro Brillante, *ahora*!

—¡Ya voy! —repitió Guijarro Brillante, dejando salir toda su frustración en su aullido—. ¡Pero este estúpido pájaro está peleando!

—¡Entonces déjalo ir! —La voz de Ala de Halcón estaba aterrorizada.

—¡Pero el Clan lo necesita! —Guijarro Brillante protestó.

Un gruñido profundo y gutural vino del monstruo, y debajo las patas de Guijarro Brillante, su espalda comenzó a vibrar. «*¡Estiércol de zorro! Se está despertando*», pensó Guijarro Brillante, furiosa ante la idea de que el monstruo podría notarla antes de que pudiera escapar con su presa.

Con un último esfuerzo desesperado, se lanzó hacia adelante y clavó los dientes en la garganta del pollo. Su graznido se interrumpió abruptamente, y Guijarro Brillante sintió el cálido chorro de sangre sobre sus mandíbulas. El cuerpo del pájaro se convulsionó una vez y luego se quedó inmóvil.

Sintió una oleada muy fuerte de triunfo y orgullo, Guijarro Brillante se puso de puntillas y arrastró al pollo hacia un lado de la plataforma. Pero antes de que lo alcanzara, el monstruo comenzó a moverse, retrocediendo con un ronroneo firme y decidido.

Repentinamente asustada, Guijarro Brillante dejó caer el pollo y saltó para descansar sus patas en el costado del cuerpo del monstruo.

—¡Salta, Guijarro Brillante! ¡Salta! —Corazón Floreciente chilló, retrocediendo cuando el monstruo se abalanzó sobre ella y a sus compañeros de Clan.

A medida que se acercaba, la patrulla se dispersó para evitar las enormes patas negras del monstruo. Solo Ala de Halcón se mantuvo firme, empujando a Zarpa Rizada fuera del camino y luego corriendo *hacia* el monstruo.

«*¡Ala de Halcón, no!*». Guijarro Brillante abrió las fauces para chillar una advertencia, pero en ese momento el monstruo se detuvo, apenas a la cola de su pareja. Se dejó caer en cuclillas, preparándose para saltar a su lado.

—¡No! ¡Ya voy! —Guijarro Brillante jadeó, sin estar segura de haberla oído, escarbando frenéticamente para llegar a la parte superior de la pared y saltar hacia el suelo.

Pero antes de que cualquiera de los gatos pudiera saltar, el monstruo se puso en movimiento de nuevo, rugiendo aun más fuerte y vomitando una nube apestosa de sus cuartos traseros. Avanzó, en dirección a la brecha en la pared del campamento de monstruos. Más allá de la pared, Guijarro Brillante vislumbró más monstruos que pasaban a toda velocidad a lo largo de un Sendero Atronador más amplio. Su corazón latía con fuerza. Se sentía como si todo su cuerpo estuviera atrapado en hielo. Intentó saltar, pero sus piernas no se movían; su mente estaba llena de una visión de sí misma aplastada bajo esas aplastantes patas negras.

—¡Guijarro Brillante! —Ala de Halcón chilló.

Guijarro Brillante lo vio impulsarse con un gran salto, estirando las patas delanteras para agarrar la espalda del monstruo. Pero llegó demasiado tarde, se quedó corto y aterrizó con un golpe en la superficie dura. Guijarro Brillante hizo una mueca, sabiendo cómo la caída debe haber sacudido su pierna herida.

Hizo un último y desesperado esfuerzo para trepar por el muro, perdió el equilibrio cuando el monstruo se tambaleó de nuevo y aceleró. En el momento en que logró volver a ponerse de pie, se movía demasiado rápido para que ella pudiera saltar con seguridad.

Guijarro Brillante vio que los árboles comenzaban a desdibujarse mientras el monstruo aceleraba. Se sintió enferma y no estaba segura de si era el movimiento o el miedo que amenazaba con apoderarse de ella. «*¿Y si nunca…? No puedo pensar de esa manera* —se detuvo—. *Pase lo que pase después, tengo que creer que volveré a encontrar a mi Clan. Porque soy una guerrera del Clan del Cielo… ¡y lo haré!*»

Descansando sus patas contra su costado, miró fijamente a Ala de Halcón.

—¡Encontraré mi camino de regreso a ti! —aulló.

Ala de Halcón se lanzó hacia adelante, corriendo tras el monstruo, pero Guijarro Brillante se dio cuenta de que su intento era inútil. El monstruo estaba emitiendo un rugido a pleno pulmón, acelerando aun más cuando se unió al Sendero Atronador más ancho.

Guijarro Brillante se quedó helada de incredulidad. Todo lo que podía hacer era mantener la mirada fija en la robusta figura gris de Ala de Halcón mientras se reducía a un pequeño punto y se perdía de vista.

Cuando ya no pudo ver a su compañero, Guijarro Brillante se dejó caer en la plataforma. Quería llorar como un cachorro abandonado, pero sabía que eso no serviría de nada. Tendría que mantener su fuerza y estar alerta si quería volver con Ala de Halcón y el resto de su Clan.

«*¿Qué me va a pasar cuando el monstruo se detenga?*», se preguntó a sí misma. ¿Intentaría convertirla en su presa? «*¡No!* —pensó, sacudiendo su piel con determinación—. *Mis cachorros y yo no vamos a terminar como comida para monstruos*».

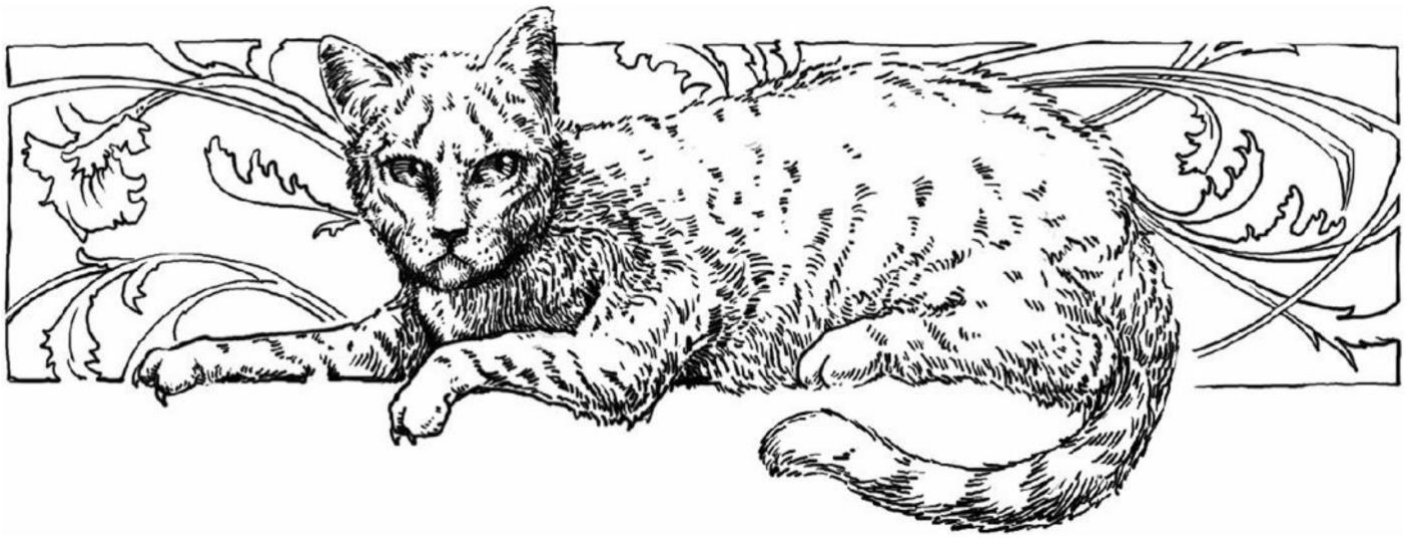
Al menos ella tenía su propia presa. Agachándose junto al pollo que había matado, le arrancó las plumas y empezó a comer. La carne era tan deliciosa como le había prometido Bigotes de Avispa, pero no podía disfrutarla; bien podría haber estado comiendo hojas podridas. Para hacer las cosas aun más incómodas, los pollos vivos parecían mirarla desde sus lechos, cloqueando como víctimas. «*No estoy segura de que me gusten las gallinas*», pensó.

Al mismo tiempo, trató de mirar por encima de la pared a su lado, observando cuidadosamente hacia dónde se dirigía el monstruo, buscando puntos de referencia que pudieran ayudarla a encontrar el camino de regreso.

«*Un árbol muerto allí… y tres madrigueras de Dos Patas juntas… y aquí el Sendero Atronador cruza un arroyo…*».

Pero a medida que el monstruo aceleraba más y más, alejando a Guijarro Brillante más de su Clan, su cerebro comenzó a dar vueltas por el esfuerzo de observar. Le dolían los músculos por su lucha con el pollo, y su vientre estaba lleno de carne.

Durante un rato, Guijarro Brillante luchó contra el agotamiento, pero al final tuvo que rendirse y dejó escapar un largo suspiro cuando el cloqueo de las gallinas la llevó a una nube de suave oscuridad.



CAPÍTULO 2

El monstruo se había detenido. Guijarro Brillante parpadeó y levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Un momento después, la vibración debajo de sus patas y vientre se detuvo y el gruñido gutural del monstruo se cortó abruptamente. Con los músculos tensos, Guijarro Brillante se sacudió los últimos vestigios del sueño y se preparó. Miró a los pollos, buscando señales de pánico. «*¿Qué pasa ahora?* —les preguntó en silencio—. *¿Es aquí donde los Dos Patas intentan comernos? ¿O nos dan de comer al monstruo?*». Flexionó las piernas, preparándose para correr.

Un golpe en la parte delantera del monstruo hizo saltar a Guijarro Brillante. Agachándose de nuevo, sin atreverse siquiera a mover un bigote, vislumbró la cabeza del Dos Patas, luego escuchó el golpeteo de sus enormes patas desvaneciéndose en el silencio. El monstruo no se movió en absoluto y, gradualmente, Guijarro Brillante comenzó a relajarse mientras suponía que debía haberse quedado dormido nuevamente. «*¡Gracias al Clan Estelar! Tendré otra oportunidad de escapar*».

Las gallinas cloqueaban tranquilamente en sus lechos relucientes. Guijarro Brillante arrancó unos últimos bocados de la que había matado. Luego se levantó y apoyó las patas en el costado de la plataforma mientras miraba a su alrededor.

El monstruo se había detenido en un estrecho Sendero Atronador que atravesaba amplias extensiones de hierba alta y amplia. No muy lejos, una gran madriguera de Dos Patas se elevaba entre un grupo de madrigueras más pequeñas. El sol estaba bajo en el cielo, proyectando largas sombras; Guijarro Brillante pudo ver que debía haber estado viajando a lomos del monstruo la mayor parte del día.

Con una última mirada cautelosa a su alrededor, Guijarro Brillante saltó del monstruo. Casi esperaba que cobrara vida y la persiguiera, pero no se movió. Dejó escapar un suspiro de alivio y comenzó a alejarse, sigilosamente al principio pero luego a paso rápido.

El Sendero Atronador estaba hecho de tierra, y las enormes patas negras del monstruo habían batido la superficie en profundas huellas. La esperanza revoloteó en el pecho de Guijarro Brillante; tal vez todo lo que tenía que hacer era seguir las huellas hacia atrás hasta que encontrara a Ala de Halcón y a su Clan nuevamente.

Durante un rato caminó junto a las huellas de los monstruos, intentando localizar algunos de los puntos de referencia que había observado en su viaje de ida. Entonces se dio cuenta de que la última parte había estado dormida; cualquier cosa que pudiera reconocer estaría más lejos. Ella comenzó a desanimarse cuando no había visto nada familiar cuando el Sendero Atronador llegó a su fin, fundiéndose en uno más amplio. Monstruos relucientes zumbaban de un lado a otro a lo largo de la superficie dura y negra. Donde la tierra se encontraba con el borde de este Sendero Atronador, las huellas del monstruo cazador de pollos se desvanecieron.

Medio atragantada por el hedor acre de los monstruos que pasaban, Guijarro Brillante se alejó del borde del Sendero Atronador y se sentó a pensar. Ya no había esperanza de seguir el rastro del monstruo. Podía decir la dirección general en la que debía viajar, desde la posición del sol, pero sabía que eso no era suficiente para reunirla con su Clan. El monstruo la había llevado demasiado lejos. Ni siquiera había ningún olor familiar que ella pudiera seguir.

«*Y una vez que oscurezca, ni siquiera tendré el sol para ayudarme*» .

Cuando miró a su alrededor en busca de algún tipo de orientación, Guijarro Brillante vio una madriguera de Dos Patas en la distancia, rodeada por un bosquecillo de árboles dispersos; le recordó al granero de Centeno, donde su Clan se había detenido hacía una luna para descansar y darse un festín con los ratones que vivían allí entre el heno.

—Tal vez haya gatos amistosos en este granero —murmuró esperanzada para sí misma.

Mientras se dirigía a la vivienda lejana, Guijarro Brillante se permitió esperar que los gatos pudieran señalarle el camino al campamento de monstruos donde había perdido a sus compañeros de Clan, o tal vez incluso al lago donde vivían los otros Clanes. El pensamiento aceleró los pasos de sus patas. «*¡Qué divertido sería eso! ¡Estaría allí para saludar a Ala de Halcón cuando él y los demás lleguen!*».

Entonces Guijarro Brillante se dio cuenta de que no sería nada divertido. Sacudió la cabeza al pensar en lo preocupado que estaría Ala de Halcón, a través de cada paso del largo y agotador viaje. «*¡Primero encontraré al Clan del Cielo!*». Se decidió, ya que se dio cuenta de que el romanticismo la estaba allanando.

El sol había desaparecido, dejando solo unos últimos rayos rojos en el cielo, cuando Guijarro Brillante llegó al granero. Se apresuró a través del crepúsculo, con las mandíbulas aguadas al anticipar hundir los dientes en un jugoso ratón, como los del granero de Centeno.

Guijarro Brillante estaba bordeando los árboles, saltando a través del último tramo de terreno abierto, cuando una ráfaga repentina de ladridos estalló detrás de ella. Dándose la vuelta, vio a un enorme perro marrón que corría hacia ella, con la lengua colgando y agitando la cola plumosa.

Por un segundo, Guijarro Brillante se congeló. El perro estaba entre ella y los árboles. ¿Debería tratar de esquivarlo y esperar trepar a un lugar seguro en las ramas, o debería dirigirse al granero? Al final ella no hizo ninguna de las dos cosas, sino que se agachó y su pelaje se erizó mientras soltaba un siseo desafiante.

—¡Oye, déjalo ya, idiota!

Un fuerte maullido sonó desde la dirección del granero. Para sorpresa de Guijarro Brillante, el perro patinó hasta detenerse y se sentó sobre sus cuartos traseros, jadeando y moviendo las orejas en lo que parecía vergüenza. Una pequeña gata negra salió de detrás de Guijarro Brillante, mirando de ella al perro y viceversa con divertidos ojos verdes.

—Hola. Mi nombre es Bicho —anunció la recién llegada—. No te preocupes por Conejito. Es inofensivo.

Por un momento, todo lo que Guijarro Brillante pudo hacer fue mirar con asombro. «*¿Los perros tienen nombres? ¿Y acabo de ver a uno llamado Conejito?*».

—Soy Guijarro Brillante —maúllo algo avergonzada.

—Vaya, que nombre más raro —comentó Bicho—. ¿Tus amos no te llaman un nombre más normal?

«*¡Es un nombre de guerrera!* —Guijarro Brillante pensó, con su pelaje comenzando a erizarse—. *¡Estoy orgullosa de ello!*». Pero luego se dio cuenta de algo horrible. ¿Había viajado tan lejos del territorio del Clan que estos gatos nunca habían escuchado un nombre de Clan? «*Será mejor que no me ofenda* —pensó—. *No cuando necesito su ayuda*».

—No tengo ningún Dos Patas, quiero decir amos —respondió suavemente.

Bicho parpadeó sorprendida pero no dijo nada más. En cambio, se acercó a Conejito y le dio un empujón amistoso con una pata. Su cola golpeó el suelo, pero se quedó sentado.

«*Parece que Bicho y este perro son amigos. No puedo imaginarme a ningún gato queriendo eso. ¿Qué está pasando aquí?*».

Guijarro Brillante todavía no confiaba en él, pero comenzó a alisar el pelaje con el frío en las venas

—¿Quieres entrar al granero? —Bicho maulló a Guijarro Brillante con un movimiento de bienvenida con la cola.

Guijarro Brillante apartó la mirada para no cruzarla con «Conejito» y asintió agradecida.

—Gracias

—¿Está bien si dejo que Conejito se levante? —preguntó Bicho—. Te prometo que no te hará daño.

Durante unos segundos, Guijarro Brillante vaciló. El perro era lo suficientemente grande como para tragarse a ella y a Bicho de un solo bocado, y solo tenía la palabra de una gata extraña de que no era peligroso. «*No parece que vaya a atacar…*», pensó con cautela. Recordó los ojos locos, las mandíbulas babeantes y los feroces gruñidos de los perros que había encontrado antes. En contraste, Conejito simplemente parecía tonto. Aun así, todos los músculos de Guijarro Brillante estaban tensos y estaba lista para huir a la primera señal de amenaza.

Por fin asintió levemente y de mala gana. Bicho se giró y miró a los ojos marrones líquidos de Conejito.

—Está bien, puedes levantarte —maulló—. Pero mantente fuera del granero por un tiempo, ¿de acuerdo?

Conejito dejó escapar un ladrido corto, luego se levantó sobre sus patas y se deslizó hacia los árboles.

Guijarro Brillante la miró con asombro.

—¿Cómo sabe tu idioma? —le preguntó a Bicho.

La pequeña gata negra se encogió de hombros.

—Oh, ambos hemos vivido en esta granja desde que nacimos —respondió ella—. Simplemente nos entendemos. Vamos. —Dio media vuelta y se dirigió hacia el granero.

Guijarro Brillante la siguió, todavía desconcertada. «*Yo tenía razón. Ellos son amigos… ¡Espera a que se lo diga a Ala de Halcón!*». Luego, un lugar vacío se abrió dentro de ella cuando recordó que no podía decirle nada a Ala de Halcón, tal vez no por mucho tiempo.

Su desconcierto se desvaneció cuando se deslizó dentro del granero a través de la puerta entreabierta y aspiró el suculento olor a ratón que surgía de montones de hierba de olor dulce. Guijarro Brillante casi saltó hacia adelante para cazar antes de recordar que no tenía permiso. Se detuvo, acicalándose en el lomo muy avergonzada.

—Sírvete —la invitó Bicho—. Hay muchos ratones aquí, y son muy gordos.

Había poca luz en el granero mientras la oscuridad caía afuera, pero Guijarro Brillante pudo distinguir montones de heno como en el granero de Centeno. Chirridos agudos llenaron el aire. Guijarro Brillante avanzó sigilosamente hasta que vio briznas de hierba retorciéndose en el borde del montón y escuchó el forcejeo de diminutas garras. Se lanzó hacia delante y golpeó con la pata a un ratón regordete.

Fue la captura más fácil que jamás había hecho.

Bicho se acomodó para hacerle compañía a Guijarro Brillante mientras comía.

—No te he visto nunca por aquí —comentó.

Guijarro Brillante negó con la cabeza, mientras tragaba apresuradamente un trozo de ratón.

—No, vengo de muy lejos —le dijo a la gata negra—. Estoy buscando a mi Clan, los gatos con los que vivo. La última vez que los vi fue en un gran campamento de monstruos en medio de unas guaridas de Dos Patas. ¿Conoces algún lugar así?

Bicho miraba a Guijarro Brillante como si no tuviera idea de por qué estaba maullando.

—¿Un campamento de monstruos? —le preguntó— ¿Qué es eso?

El corazón de Guijarro Brillante se hundió.

—Conoces a los monstruos, ¿verdad? —preguntó esperanzada—. ¿Grandes cosas ruidosas con un hedor para vomitar y patas negras redondas?

—¡Oh, ellos! —Bicho asintió—. Yo sé lo que quieres decir. ¿Pero un campamento…?

—Muchos de ellos durmiendo juntos —explicó Guijarro Brillante, tratando de no dejar que su cola temblara de impaciencia.

Lentamente, Bicho negó con la cabeza.

—Nunca he visto más de uno o dos monstruos juntos. No creo que este «campamento» tuyo pueda estar cerca de aquí —añadió con una ceja alzada.

Un miedo frío se deslizó a través de Guijarro Brillante. ¿Hasta dónde había llegado desde que perdió a Ala de Halcón y a los demás? «*Sentí que*

había viajado un largo camino en el monstruo, pero debe ser incluso más lejos de lo que pensaba si esta gata casi nunca ha visto monstruos».

—Entonces, ¿conoces otros Clanes? Me refiero a grupos de gatos —preguntó, luchando por mantener su voz firme—. Viven junto a una gran extensión de agua.

Esta vez la negación de Bicho fue más certera.

—No he visto ningún Clan tuyo por aquí —afirmó—. No veo muchos otros gatos, y los que he visto han sido otros gatos de granja o domésticos. Y no hay grandes extensiones de agua cerca.

Guijarro Brillante clavó sus garras con fuerza en el suelo.

—¡Tengo que encontrar a mi Clan, y a mi pareja y familiares! —chilló.

Bicho pasó la punta de su cola por el costado de Guijarro Brillante, un gesto reconfortante.

—Termina tu presa —sugirió—. y luego duerme bien. Te sentirás mejor por la mañana y podrás empezar de nuevo.

Guijarro Brillante dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias. Eso es amable de tu parte, Bicho.

Después de comer y asearse, Guijarro Brillante hizo un lecho en el fragante heno y se acurrucó en él. Bicho se acomodó a su lado. Guijarro Brillante creyó que sus ansiedades la mantendrían despierta, pero estaba tan cansada que sus ojos se cerraron de inmediato.

«*Nunca solía cansarme tanto, antes de esperar cachorros*», pensó confusa, mientras se sumergía en un sueño en el que buscaba a Ala de Halcón en un bosque, pero no encontraba nada excepto un leve rastro de su olor, o un atisbo de una cola que se agitaba entre la maleza.

Lo siguiente que supo fue que la luz entraba oblicuamente en el granero desde la puerta abierta y desde los huecos en lo alto de las paredes. Los ladridos ansiosos del exterior la habían despertado. Guijarro Brillante saltó sobre sus patas, sacudiendo las semillas de heno de su piel mientras miraba a su alrededor. No habían señales de que Bicho estuviera en el entorno. Después de caminar hasta la puerta y asomar la cabeza, Guijarro Brillante vio a la gata negra luchando con Conejito. El enorme perro la tenía inmovilizada debajo de una enorme pata, mientras que las piernas de Bicho se agitaban impotentes.

Guijarro Brillante dejó escapar un siseo, tensando sus músculos para acudir al rescate de su nueva amiga. «*¡Hice bien en no confiar en ese perro!* —se dijo a sí misma—. *¡Los perros y los gatos no pueden ser amigos!*».

Pero antes de que Guijarro Brillante pudiera moverse, Bicho salió de debajo de la pata de Conejito. El canino inclinó la cabeza y los dos se acariciaron como cachorros antes de que Bicho se arrojara sobre el lomo del perro. Conejito se dejó relajar, rodando, y Bicho saltó lejos antes de ser aplastada.

«*¿Están, jugando a pelear?… Eso… eso es extraño*», pensó Guijarro Brillante, sacudiendo la cabeza. Tal vez algunos perros y gatos pudieran ser amigos, pero de todos modos, ella no tenía intención de acercarse a Conejito.

Al ver a Guijarro Brillante, Bicho dejó al perro y corrió hacia ella.

—Hola —maulló con cautela—. ¿Estás bien? ¿Quieres volver a cazar? Podríamos hacerlo juntas.

—Gracias. Es una gran idea.

Con Bicho a su lado, Guijarro Brillante volvió a sumergirse en el heno. Con una señal de la gata negra, Guijarro Brillante comenzó a dar vueltas, moviéndose rápidamente hacia el borde del heno. Bicho dio vueltas en la dirección opuesta. Trabajando juntas sacaron velozmente el refugio de las presas; no pasó mucho tiempo antes de que chillidos asustados y correteos se alzaran por el aire. Finalmente, casi en el mismo latido del corazón, dos ratones aparecieron al aire libre. Guijarro Brillante se abalanzó sobre el más cercano, mientras que Bicho despachó al otro con un golpe de pata.

—¡Gran captura! —exclamó Bicho.

Una punzada de pérdida atravesó a Guijarro Brillante cuando se agachó para comer junto a la gata negra; por un momento casi se había sentido como si estuviera cazando con su Clan otra vez.

—Estoy realmente agradecida contigo por dejarme pasar la noche aquí —suspiró cuando había tragado el último bocado de su presa—. Pero debo irme, el tiempo no es infinito.

—Tal vez deberías quedarte —sugirió Bicho, con preocupación en sus ojos verdes—. Eres bienvenida todo el tiempo que quieras. Puedo ver que estás esperando cachorros y me preocupa pensar en ti viajando sola.

Guijarro Brillante se sorprendió al oír que aquella gata había descubierto que ella estaba embarazada con solo una mirada. Luego, Guijarro Brillante se avergonzó al haber ideado el hecho de subirse a un monstruo solo por un par de gallinas frescas.

«*Tal vez corrí un riesgo que no debería».*

Por un instante estuvo vacilando, en un refugio, con comida y la amistad de Bicho, un lugar donde sus cachorros pudieran nacer a salvo. Pero ella sabía lo imposible que era eso. «*No puedo dar a luz a nuestros cachorros*

sin Ala de Halcón allí. ¡No cuando todavía tengo suficiente tiempo y energía para encontrarlo a él y a mi Clan!». Eso era más importante que cualquier otra cosa.

—No, tengo que irme —repitió—. Gracias, Bicho, pero mis cachorros son la razón por la que no puedo demorarme más. Estoy decidida a que mis cachorros sean gatos de Clan y vengan al mundo rodeados de su familia. Tengo un plan —agregó—. Tengo que encontrar mi camino de regreso a mi pareja. Estoy segura de que me estará buscando.

Bicho caminó junto a Guijarro Brillante mientras se dirigían de regreso al Sendero Atronador, con Conejito trotando detrás de ellas a la distancia.

—Adiós —maulló Bicho cuando estuvieron cerca del borde de la superficie negra y maloliente—. Espero que encuentres a tu Clan.

—Adiós —respondió Guijarro Brillante—. Gracias por todo, Bicho. Y que el Clan Estelar ilumine tu camino.

Bicho pareció confundida por la frase de Guijarro Brillante, pero ignoro aquella confusión y chocaron narices. «*¡Llevaría demasiado tiempo para explicar!*».

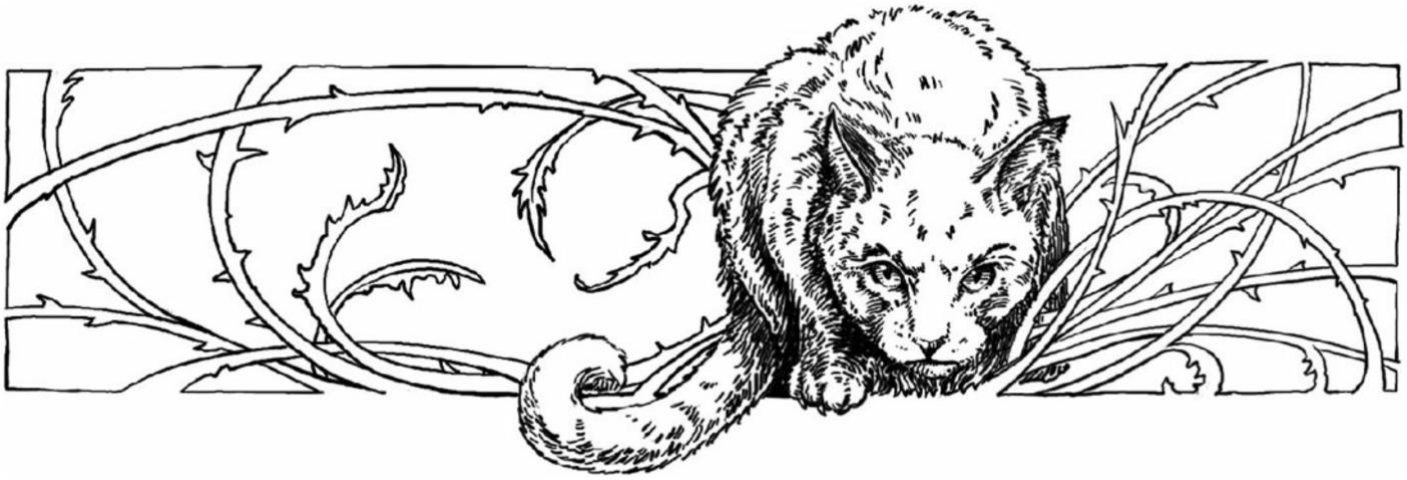
Comprobando la posición del sol para asegurarse de que viajaría en la dirección correcta, Guijarro Brillante partió. Miró hacia atrás una vez, agitando la cola a modo de despedida, para ver la pulcra forma negra de Bicho sentada junto al Sendero Atronador, con la enorme figura de Conejito asomándose a su lado.

Un monstruo paso corriendo a la velocidad de la luz al frente de Guijarro Brillante, por un momento se quedó paralizada, «*¡Casi me mata!*». Con un bufido, Guijarro Brillante salió corriendo justo después de que aquel monstruo pasara.

Guijarro Brillante comenzaba a darse cuenta de la gran tarea que tenía por delante. Podría tomarle lunas caminar de regreso al lugar donde había dejado a su Clan, incluso si se estaba moviendo en la dirección correcta.

Eso significaba que solo había una forma de que ella regresara al Clan del Cielo a tiempo para que sus cachorros nacieran con ellos.

«*Tendré que subirme a otro monstruo*».



CAPÍTULO 3

Guijarro Brillante caminó a lo largo del Sendero Atronador, con los hombros encorvados y el pelaje erizado contra una lluvia fina y llovizna. Agradeció en silencio por tener unas patas perteneciese del Clan del Cielo, endurecidas por saltar arriba y debajo de las rocas del desfiladero. Sus músculos eran más fuertes ahora, pensó felizmente; de hecho, todo el Clan se había fortalecido. Habían perdido mucho cuando los expulsaron del desfiladero, pero también habían ganado.

«*Y he ganado más que fuerza* —se dijo, pensando en los cachorros que llevaba—. *Sauce de Ciruela también. Ella debe estar cerca del parto por ahora*». Guijarro Brillante estaba segura de que sus cachorros eran la promesa del Clan Estelar de que el Clan del Cielo sobreviviría.

La comprensión hizo que Guijarro Brillante estuviera más decidida que nunca a regresar a su Clan antes de que nacieran sus crías. «*Tengo que subirme a otro monstruo. Pero ¿cómo podría?*».

Los monstruos pasaron corriendo junto a ella en el Sendero Atronador, algunos de ellos iban en la dirección correcta, pero todos se movían demasiado rápido para que ella pudiera saltar. Todo a su alrededor era territorio abierto, sin más campamentos de monstruos ni madrigueras donde pudieran dormir.

Guijarro Brillante estaba empezando a desesperarse cuando distinguió un grupo de madrigueras de Dos Patas en la distancia. Nueva energía fluyó a sus patas, y aceleró el paso hasta que llegó a las afueras de la madriguera de Dos Patas.

Caminando a lo largo de las guaridas, Guijarro Brillante pasó junto a varios monstruos, pero todos estaban dormidos, algunos escondidos en

pequeños lechos junto a las guaridas de sus Dos Patas. Cada uno de ellos estaba cerrado, sin forma que ella pudiera ver de escalar adentro.

—Cagarrutas de ratón —murmuró—. Estos monstruos son un grupo de vagos. ¡No hacen nada más que dormir!

Finalmente, Guijarro Brillante vio a un monstruo sentado al lado del Sendero Atronador, señalando la dirección en la que quería ir. No se parecía en nada a aquel en el que ella había viajado, con las gallinas, pero su espalda estaba abierta al aire.

Cuando Guijarro Brillante miró a su alrededor, no pudo ver a ningún Dos Patas dentro del monstruo o cerca de la guarida. Con cautela, se dirigió hacia él. Con la esperanza de que el monstruo estuviera dormido, Guijarro Brillante se acercó sigilosamente y, con una última mirada cautelosa a su alrededor, saltó suavemente a su vientre.

En el interior, el monstruo estaba lleno de extrañas formas y olores: enormes rocas de formas extrañas y restos de escombros de Dos Patas de colores brillantes. Guijarro Brillante se metió en un espacio debajo de una de las rocas y se acurrucó, acicalándose la piel mojada con rápidos movimientos de lengua. Esperaba que cuando llegaran el Dos Patas del monstruo, no la notaran.

Todo su cuerpo se estremeció con aprensión, pero al mismo tiempo sintió un rastro de la misma emoción que había sentido cuando saltó sobre el otro monstruo para cazar pollos.

«*¡Estamos en camino, cachorros!* —pensó, y luego agregó—: *Realmente espero que esto funcione*».

Los músculos de Guijarro Brillante se tensaron cuando escuchó el golpe de las patas de Dos Patas fuera del monstruo. De repente, una sombra apareció en su espalda y la abertura se cerró de golpe. Casi se delató con un chillido de alarma, pero logró ahogar el sonido.

«*¡Estoy atrapada dentro de un monstruo!*».

Su miedo se transformó en pánico cuando dos Dos Patas adultos y un cachorro de Dos Patas treparon al monstruo, maullando entre sí. El cachorro se sentó encima de la roca donde se escondía Guijarro Brillante, tan cerca que si Guijarro Brillante hubiera estirado una pata, podría haberla tocado.

El monstruo se despertó con una tos y un estruendo y comenzó a moverse. Guijarro Brillante se apretó lo más bajo que pudo y se quedó quieta, sin siquiera mover un bigote. Al menos, por lo que ella podía decir, se estaban moviendo en la dirección correcta.

Pero después de unos momentos, el cachorro de los Dos Patas dejó escapar un fuerte ruido. Guijarro Brillante se sobresaltó, pero se obligó a

permanecer en silencio. Por un momento no pudo entender cuál era el sonido, hasta que el cachorro lo hizo de nuevo y se dio cuenta de que estaba estornudando. «*Pobrecito, debe estar enfermo* —pensó Guijarro Brillante—. *Tal vez necesita ver a un curandero de Dos Patas*».

Un latido después, ella se deslizó, sus garras arañaron el suelo duro cuando el monstruo de repente se desvió y comenzó a acelerar en una dirección diferente. «*¡No! ¡Déjame salir!* —Guijarro Brillante quería maullar las palabras en voz alta, pero sabía que los Dos Patas no la entenderían—. *Solo tendré más problemas si me encuentran aquí. Solo tengo que encontrar una manera de escapar*».

Pero el monstruo siguió y siguió. No había ninguna abertura por la que pudiera pasar Guijarro Brillante, e incluso si hubiera encontrado una, habría sido demasiado peligroso saltar.

El cachorro seguía estornudando y el Dos Patas macho se dio la vuelta para hablarle. Guijarro Brillante no entendió lo que estaba diciendo, pero sonaba desconcertado. La única respuesta del cachorro fue otro estornudo, y ahora parecía que no podía parar.

Los Dos Patas adultos comenzaron a hablar entre ellos, sus voces agitadas. Entonces el monstruo se estremeció y se detuvo. Los Dos Patas abrieron aberturas en el flanco del monstruo y salieron. La hembra Dos Patas miró debajo de la roca de Guijarro Brillante; el Dos Patas estaba bloqueando su ruta de escape, por lo que Guijarro Brillante trató de encorvarse en un espacio aun más pequeño, pero fue inútil. La hembra dejó escapar un graznido de sorpresa, señalándola. Guijarro Brillante miró hacia la otra abertura que tenía el cachorro de Dos Patas.

«*¡Oh, Clan Estelar, no! Me han visto… ¡y estoy atrapada!*».

El macho Dos Patas caminó hacia la parte trasera del monstruo. Guijarro Brillante supuso que iba a abrirlo. Sintió que cada pelo de su pelaje se erizaba de miedo, pero apretó los músculos, lista para saltar. No tenía ni idea de lo que le harían los Dos Patas si la atrapaban, pero estaba segura de que no sería nada bueno.

La parte trasera del monstruo se levantó; el Dos Patas macho alcanzó a Guijarro Brillante, pero ella era demasiado rápida para él. Saltó por encima de él, sintiendo que su pata extendida rozaba su pelaje, y huyó.

Guijarro Brillante tenía las piernas acalambradas de tanto tiempo acurrucada, pero se obligó a correr, alejándose del Sendero Atronador y adentrándose en las viviendas desconocidas de los Dos Patas que lo bordeaban. Estaba segura de que el Dos Patas la perseguía, pero cuando por fin tuvo que detenerse, jadeando, no había rastro de él.

Temblando de alivio, Guijarro Brillante trató de averiguar dónde estaba. Entonces, de alguna manera, encontraría el camino hacia donde quería estar. Estaba en una extensión de hierba fuera de una vivienda de los Dos Patas, con otras viviendas de Dos Patas a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista. Ni las vistas ni los olores le resultaban familiares.

«*¿Qué es este lugar?*».

Guijarro Brillante se dio cuenta de que ni siquiera estaba segura de cómo volver al Sendero Atronador, y mucho menos de la dirección que debía tomar para reunirse con su Clan. La lluvia había cesado, pero las nubes seguían cubriendo el cielo, por lo que no podía calcular una ruta a partir de la posición del sol. Por un momento, la desesperación amenazó con abrumarla. No reconocía nada aquí.

«*¿Y si solo he empeorado las cosas? ¿Y si ese monstruo me ha llevado aun más lejos?*». Sintió que se hundía. Ahora parecía claro que nunca podría volver al Clan del Cielo montando a un monstruo, porque no había forma de predecir adónde irían. «*Pero entonces, ¿cómo voy a volver?*».

Guijarro Brillante se armó de valor, decidida a no ceder a esos oscuros temores. «*No pasa nada. Puedo lograrlo. ¡Soy una guerrera!*». Con el pecho aún agitado tras su frenética carrera hacia la seguridad, se sentó en la hierba a pensar.

Ya habían pasado un par de días desde que se la habían llevado lejos de Ala de Halcón y sus compañeros de Clan. Guijarro Brillante sabía que estarían esperando su regreso, pero también sabía que no podían esperar eternamente. Tenían que seguir buscando el lugar junto al agua donde vivían los otros Clanes. Era la única esperanza de supervivencia del Clan del Cielo.

«*Mis cachorros tienen que nacer en un Clan*», pensó Guijarro Brillante con un gruñido de frustración. En ese momento, un silbido furioso salió de la vivienda de Dos Patas más cercana. Guijarro Brillante giró la cabeza y vio a una esponjosa gata gris salir de una pequeña abertura cerca del suelo y dirigirse hacia ella, con las piernas rígidas y gruñendo.

—Este es mi sitio —siseó. Era una gata grande y su pelaje erizado la hacía parecer aún más grande—. No perteneces a este lugar. Muévete o si no…

Guijarro Brillante se puso de pie. Normalmente, luchaba junto a sus compañeros de Clan, pero sabía que podía enfrentarse a una Minina Doméstica sola, por muy feroz que fuera. Aun así, tan cansada y preocupada como estaba, una pelea era lo último que necesitaba.

—Solo estoy de paso —maulló, dándose la vuelta y empezando a alejarse.

—Sí, sigue andando, cobarde —le espetó la gatita gris.

Guijarro Brillante se dio la vuelta y su decisión de no luchar se le fue de la cabeza. «*¡Soy una guerrera del Clan del Cielo! ¡Ninguna Minina Casera me va a hablar así!*».

Soltando un gruñido desde lo más profundo de su garganta, Guijarro Brillante acechó a la gatita. Sacó las garras y dejó que el pelaje de su cuello se erizara desafiante. «*Le enseñaré lo que es un guerrera… ¡y cómo lucha un guerrera!*».

Los ojos de la gatita se abrieron de repente, alarmada, y retrocedió un paso, como si no hubiera esperado que Guijarro Brillante se defendiera. Guijarro Brillante estaba casi a punto de darle un golpe cuando otra voz irrumpió.

—¡Déjala en paz, Coco! ¿No ves que está esperando cachorros?

Guijarro Brillante miró por encima de su hombro para ver a dos jóvenes gatitos; una gata blanca y negra y un gato naranja que corrían por la hierba y se interponían entre Guijarro Brillante y Coco, regañando a la gata gris mientras se acercaban.

—¿Qué te pasa?

—¿No puedes ser amable para variar?

Coco soltó un siseo furioso.

—¡Como si yo quisiera ser amiga de ustedes, pulgosos! —exclamó. Retrocedió unos pasos, se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia su vivienda de Dos Patas, desapareciendo de nuevo por la pequeña puerta.

La gata blanca y negra agachó la cabeza hacia Guijarro Brillante.

—Lo sentimos —maulló.

—Sí —añadió el gato naranja—. Esperamos que Coco no te haya asustado. Yo soy Milo, por cierto, y ella es Oliva.

Guijarro Brillante ahogó la risa al pensar que los dos gatitos trataban de protegerla a ella, una guerrera del Clan totalmente entrenada. Pero ella pensaba que eran bastante lindos, apenas más que gatitos y no quería herir sus sentimientos.

—Soy Guijarro Brillante —respondió, inclinando la cabeza cortésmente—. Gracias por tu ayuda, pero estoy bien, de verdad. ¿Cuál es el problema de esa gata?

—¡Oh, Coco! —Oliva movió las orejas desdeñosamente—. Siempre tiene la cola enredada. ¿Segura que estás bien? —añadió, rozando con su cola el costado de Guijarro Brillante—. ¿Tienes hambre? Podrías venir a comer con nosotros.

—En nuestra casa hay de sobra —aceptó Milo—. También agua. Y no está lejos.

Guijarro Brillante negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. No quiero ir a una madriguera de Dos Patas.

Oliva y Milo intercambiaron una mirada desconcertada, como si no pudieran imaginar por qué Guijarro Brillante se opondría a entrar en su guarida.

—¿Dos Patas? —Oliva sonaba desconcertada—. ¿Te refieres a la gente de casa? ¿No tienes tu propia guarida?

«*Una vez tuve una… una hermosa guarida, en el desfiladero*». Guijarro Brillante dejó a un lado la punzada de nostalgia y se obligó a no pensar en el pasado. En cualquier caso, Oliva no se había referido a eso.

—No —respondió—. Soy una gata del Clan. No vivimos con Dos Patas.

Los dos gatitos volvieron a mirarse, claramente confundidos. Guijarro Brillante volvió a sentir el mismo temor: «*¿Hasta dónde debo llegar, si ningún gato parece saber lo que es un Clan?*».

Al final, Milo se encogió de hombros.

—Vale —maulló—. ¿Quieres que al menos te enseñemos dónde puedes conseguir agua aquí fuera?

Ante su pregunta, Guijarro Brillante se dio cuenta de repente de lo sedienta que estaba, como si tuviera la boca llena de arena. «*Si tengo que estar rodeada de gatitos que ni siquiera conocen los Clanes* —pensó—, *¡al menos pueden ser útiles!*».

—¡Oh, sí, por favor!

—Síguenos —le dijo Oliva.

Las dos mascotas cruzaron la hierba, caminaron un poco por el Sendero Atronador y se metieron bajo una valla de los Dos Patas. Guijarro Brillante se encontró en el borde de una zona más salvaje, donde la hierba era más larga y áspera y los estrechos senderos serpenteaban entre matorrales. Las nubes se disipaban y la débil luz del sol brillaba sobre el húmedo follaje. A lo lejos, Guijarro Brillante podía oír los gritos de los cachorros Dos Patas jugando.

—Por aquí. —Milo tomó la delantera por una pendiente hasta donde un pequeño arroyo se deslizaba entre las piedras. Con un grito de alivio, Guijarro Brillante se agachó junto a él y lamió agradecida el agua fresca.

—Gracias —maulló al fin, sentándose y sacudiéndose las gotas de agua de los bigotes—. Era exactamente lo que necesitaba.

—¿Hay algo más que podamos hacer para ayudarte? —preguntó Oliva, con los ojos azules muy abiertos por la ansiedad.

—No, yo… —Guijarro Brillante se interrumpió. Se sentía desesperada al darse cuenta de lo lejos que se había alejado de su Clan, tanto que ya no estaba segura de la dirección. Pero esos gatitos conocían bien el camino. «*Probablemente nunca se alejan tanto de sus guaridas*». Recordó la reacción de Bicho cuando le preguntó por el campamento de monstruos. «*Probablemente estos Mininos Domésticos tampoco lo sepan. Pero tiene que valer la pena preguntar*».

—Estoy buscando un campamento de monstruos —empezó—. Un gran espacio cubierto de esa cosa negra del Sendero Atronador. Hay madrigueras de Dos Patas alrededor de parte de él, y arbustos a lo largo de un lado. ¿Hay algún sitio así por aquí?

—¡Eh, conocemos un sitio así! —exclamó Milo.

Oliva asintió enérgicamente.

—No está lejos de la casa de los Rebanadores; allí es donde nos llevan nuestros amos de casa cuando estamos enfermos —le explicó a Guijarro Brillante—. Y para… bueno, para otras cosas.

Guijarro Brillante se sobresaltó como si le hubiera caído una piedra en la cabeza desde un cielo despejado.

—¿En serio? —respondió, con el corazón en vilo. «*Quizá pronto vuelva a ver a Ala de Halcón*»—. ¿Puedes decirme cómo llegar?

Los dos jóvenes gatos intercambiaron una mirada dubitativa.

—Podría ser más fácil mostrártelo —maulló Oliva—. Pero es un largo camino. Tendríamos que estar fuera toda la noche.

Milo buscó en la hierba con sus patas delanteras.

—Nuestra familia se asustará mucho si desaparecemos.

—*Por favor* —suplicó Guijarro Brillante—. Es muy importante para mí volver allí. Mis compañeros de Clan, es decir, mis amigos, me estarán esperando.

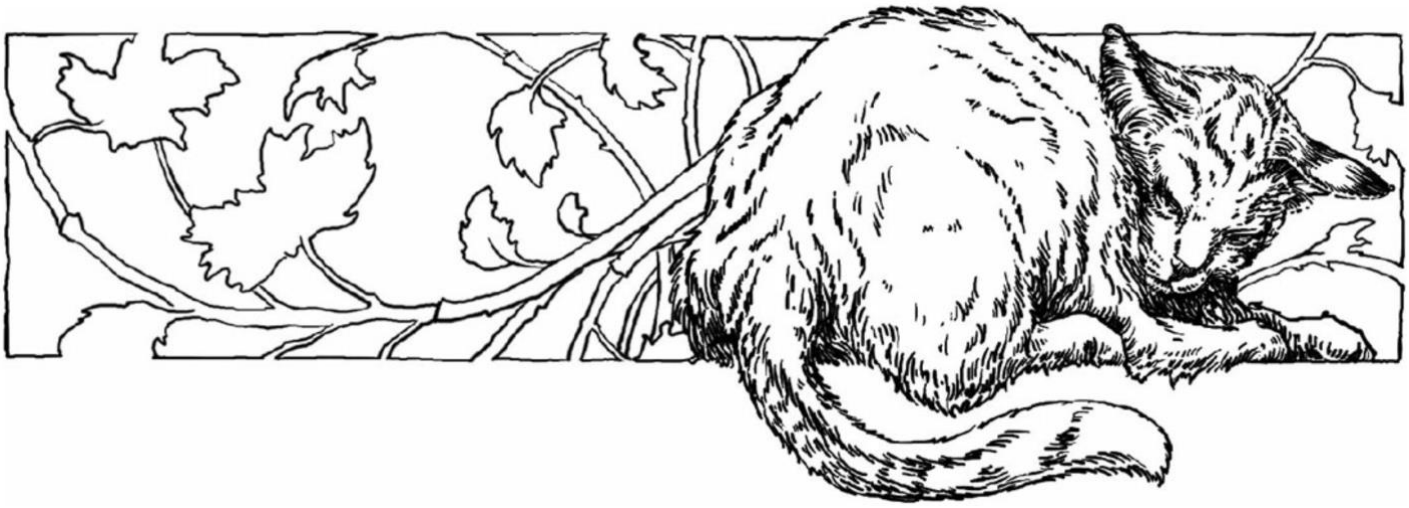
—Bueno… nuestros compañeros probablemente podrían sobrevivir una noche sin nosotros —respondió Oliva, mirando esperanzada a Milo—. Al menos nosotros tenemos gente que nos protege. Tú no tienes a *nadie*… ¡y estás esperando cachorros!

«*¿Gracias…?* —pensó Guijarro Brillante, sin saber qué pensar de eso—. *Preferiría tener compañeros de Clan que amigos en casa*». Pero la gatita parecía decidida a ayudarla, así que Guijarro Brillante trató de parecer alentadora.

—Vamos, Milo —maulló Oliva a su amigo—. ¡Ayudar a Guijarro Brillante es lo menos que podemos hacer! Además, ¡será una aventura!

El macho naranja dudó un momento más. Luego sus ojos se abrieron de par en par y dejó escapar un ronroneo emocionado.

—De acuerdo. Iremos contigo —prometió.



Capítulo 4

—Deberíamos comer primero —maulló Oliva—. Todo lo que podamos, para no pasar demasiada hambre por el camino.

—¡Siempre estoy dispuesto a eso! —ronroneó Milo, pasándose la lengua por las mandíbulas—. Y también deberíamos despedirnos de nuestra familia.

—¿Segura que no quieres comer con nosotros? —preguntó Oliva a Guijarro Brillante, moviendo los bigotes con ansiedad—. ¿Cómo te las arreglarás durante la noche, si no lo haces?

Guijarro Brillante ocultó su diversión ante el intento de la gata más joven de cuidar de ella.

—No, gracias. Cazaré por el camino —respondió.

—¿En serio? —Milo sonaba impresionado, pero había una mirada de duda en sus ojos—. ¿Estás segura?

—Bastante segura.

Aunque todavía parecían reacios a aceptar la decisión de Guijarro Brillante, los dos Mininos Caseros subieron la pendiente y se escurrieron bajo la valla. Guijarro Brillante los siguió más despacio, a tiempo de verlos desaparecer en la madriguera más cercana, a través de una pequeña abertura como la de Coco.

Se acomodó bajo un arbusto para esperar, pero estaba tan emocionada que no pudo quedarse quieta más de un par de latidos. Se paseaba de un lado a otro por el borde de la hierba, preguntándose si realmente estaba a punto de volver a encontrar a sus compañeros de Clan. «*Por fin tengo una idea de a dónde ir. Solo espero que estos gatitos sepan realmente dónde está el campamento de los monstruos*».

Cuando los Mininos Caseros regresaron, el sol ya se estaba ocultando en el cielo. Guijarro Brillante se sentía como si hubiera estado esperando una eternidad; había empezado a preguntarse si habrían cambiado de opinión. Por fin se abrió la puerta principal de la vivienda de los Dos Patas; Milo y Oliva aparecieron con una Dos Patas hembra. Guijarro Brillante se escondió rápidamente al abrigo de los arbustos y observó mientras la Dos Patas cruzaba el jardín y empezaba a coger algunas de las flores de colores brillantes que crecían alrededor del borde de la hierba. «*Tal vez sean hierbas de Dos Patas* —pensó Guijarro Brillante, interesada—. *¿Podría ser un tipo de medicina al estilo Dos Patas?*».

Milo y Oliva se enroscaron cariñosamente alrededor de las patas de la Dos Patas hasta que ella se inclinó y les dio una caricia a cada uno. Escalofríos recorrieron a Guijarro Brillante al verlos. «*Nunca querría acercarme tanto a un Dos Patas. No si puedo evitarlo*».

Finalmente, la Dos Patas volvió a entrar en la guarida. Los dos Mininos Caseros esperaron a que se fuera y corrieron por el jardín para reunirse con Guijarro Brillante bajo los arbustos.

—Bien, ya estamos listos —maulló Milo. Miró a su alrededor, pensativo, y luego señaló con la cola—. Es por aquí.

Comenzó a tejer un camino a través de los arbustos, pero Oliva no lo siguió.

—¿Estás seguro? —preguntó, con una mirada dubitativa en la otra dirección.

Milo se detuvo y dejó escapar un suspiro exagerado.

—¡Es el camino que nos lleva al Rebanador, peluda!

Oliva dudó un momento y luego agitó las orejas.

—De acuerdo, como quieras.

Guijarro Brillante sintió que su corazón se hundía. «*¿Realmente saben adónde ir si ni siquiera pueden ponerse de acuerdo entre ellos?*». Pero seguir a los Mininos Caseros era la única opción que tenía, así que trató de aplastar sus dudas. «*Tiene que merecer la pena intentarlo*».

Una vez que decidieron una dirección, los Mininos Caseros se dirigieron con confianza a través de la larga hierba en el borde del Sendero Atronador que serpenteaba a través de la vivienda de Dos Patas. La nariz de Guijarro Brillante se arrugó ante el olor acre de los monstruos.

—¿Tenemos que seguir el Sendero Atronador durante todo el camino? —preguntó.

—Lo siento, sí —respondió Milo—. Casi, al menos. Este es el único camino que conocemos, porque nuestros Dos Patas nos llevan por aquí hasta el Rebanador.

Guijarro Brillante asintió, aceptando su explicación. Al menos, pensó, los Mininos Caseros eran jóvenes y fuertes, y mantenían un ritmo constante sin asustarse por estar lejos de su guarida, ni exigir un descanso por estar cansados».

«*No todos los Mininos Caseros son débiles*», se recordó a sí misma, pensando en los guerreros diurnos del Clan del Cielo. Pero seguía sorprendida de que los gatos sin entrenamiento del Clan tuvieran tanta resistencia. Incluso se relajaron lo suficiente como para perseguir mariposas y tener una refriega amistosa por el camino, Oliva revolcándose con Milo entre las raíces de un árbol. El ánimo de Guijarro Brillante se levantó al ver sus bromas y diversión.

—¿Así que vives en el… campamento de monstruos, no? —le preguntó Oliva a Guijarro Brillante después de un rato, sacudiéndose los restos de su pelaje—. Suena un poco aterrador.

—Los monstruos pueden dar miedo, pero yo no vivo en su campamento. —Guijarro Brillante suspiró, luchando con otra punzada de nostalgia por su lecho entre las rocas—. Mis compañeros de Clan y yo estamos viajando. Yo vivía en un desfiladero, junto a un arroyo, con el resto de mi Clan.

—¿Qué es un Clan? —preguntó Milo.

Guijarro Brillante le explicó cómo vivían juntos ella y sus compañeros de Clan, cómo se entrenaban para luchar y cazar, y cómo se cuidaban unos a otros.

—Mi Clan es nombrado el Clan del Cielo —terminó.

—Suena muy bien —exclamó Milo.

—¿Y el padre de tus cachorros? —preguntó Oliva—. ¿También es parte de tu Clan?

Guijarro Brillante asintió.

—Sí, y en parte por eso es tan importante que vuelva con ellos

—¿Cómo se llama? ¿Cómo es? —Las preguntas de Oliva salían a borbotones.

—Su nombre es Ala de Halcón —respondió Guijarro Brillante. Su voz se volvió cálida con el recuerdo, aunque el dolor de echar de menos a su compañero se sentía como espinas atravesando su corazón—. Es el mejor gato que conocí en el Clan del Cielo.

—¿Es su líder? —preguntó Milo.

—Todavía no —le dijo Guijarro Brillante—. Tal vez algún día.

Oliva parpadeó, un poco melancólica.

Ojalá pudiéramos formar parte de un Clan.

—No siempre es fácil. De hecho, recientemente, el Clan del Cielo lo ha pasado muy mal. —Guijarro Brillante hizo una pausa, sintiendo una punzada en el corazón al recordar los problemas con Cola Oscura, y la salida del desfiladero.

—Siento oír eso. ¿Qué ha pasado? —preguntó Milo, con las orejas inclinadas hacia ella con curiosidad.

—Vino un gato muy malo haciéndose pasar por nuestro amigo, pero nos robó nuestro hogar —comenzó Guijarro Brillante lentamente. No quería entrar en detalles que estos Mininos Domésticos no entenderían… y tampoco quería pensar demasiado en ello. Los recuerdos de la vida en el desfiladero aún le dolían demasiado—. Fue difícil, y tuvimos que dejar atrás a algunos compañeros de Clan. Ahora buscamos un nuevo hogar.

Los ojos de Oliva se llenaron de simpatía.

—¿No tenéis dónde ir? Tal vez podríais venir a vivir con nosotros. Hay una señora unas casas más abajo que tiene muchos gatos. Apuesto a que te acogería…

Guijarro Brillante la miró cariñosamente.

—Eres muy amable, Oliva, pero los gatos del Clan no suelen vivir con Dos Patas. Nos gusta estar a cargo de nosotros mismos. A veces puede ser una vida dura —le advirtió Guijarro Brillante—. Pero creo que tú y Milo serían buenos guerreros.

—Pero no podríamos dejar a nuestra gente de casa —insistió Milo— . ¿Qué harían sin nosotros?

—Cuando vivíamos en el desfiladero —maulló Guijarro Brillante—. algunos miembros de nuestro Clan eran guerreros diurnos. Vivían en el desfiladero durante el día, y cazaban y entrenaban con el resto de nosotros, pero por la noche volvían con sus Dos Patas.

Milo agitó la cola con entusiasmo.

—¡Eso sería perfecto!

—¿A dónde va el Clan del Cielo ahora? —preguntó Oliva—. Quiero decir, si no pueden volver al desfiladero.

—Bueno, nos dirigimos a un lago —explicó Guijarro Brillante, luchando por pensar en una manera de explicar la visión de Canción de Eco de una manera que estos Mininos Caseros entendieran—. Tenemos gatos en el Clan que son muy sabios, que se comunican con nuestros antepasados.

Una de esas gatas tuvo una visión que le dijo que debíamos vivir junto a un lago.

Ella esperaba más preguntas, pero Oliva y Milo parecían satisfechos.

Oliva la miró con seriedad.

—Espero que lo encuentres —dijo en voz baja.

—Gracias —Guijarro Brillante asintió—. Yo también. —«*Más de lo que crees*».

Mientras hablaban, los gatos siguieron viajando y Guijarro Brillante se dio cuenta de que el sol se había ocultado bajo el horizonte, proyectando largas sombras sobre su ruta.

—¿Queda mucho? —preguntó.

Al mismo tiempo, Milo exclamó:

—¡Ya casi hemos llegado!

Un estrecho sendero ascendía entre dos guaridas de Dos Patas. Milo corrió por él, mientras Guijarro Brillante y Oliva lo seguían.

—Está justo al otro lado de esta colina —jadeó Oliva.

Dejando atrás las guaridas de los Dos Patas, los gatos irrumpieron en una ladera abierta y cubierta de hierba, que conducía a una cresta perfilada contra el cielo. El corazón de Guijarro Brillante latía tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho. «*Tal vez mi Clan todavía me esté esperando. Tal vez vuelva a ver a Ala de Halcón, ¡ahora mismo!*».

Guijarro Brillante corrió ladera arriba, adelantándose a los dos Mininos Caseros. Al llegar a la cima, se detuvo como si hubiera chocado contra una pared de roca.

Estaba mirando el campamento de los monstruos, pero no era el correcto. Era más grande que aquel en el que había perdido a su Clan, los muros que lo rodeaban eran rojos, no grises, y donde debería haber estado la línea de arbustos había una maraña de zarzas y unos cuantos árboles achaparrados. Se sentía más lejos que nunca de su Clan.

—¿Están aquí? —jadeó Oliva mientras subía la colina para pararse junto a Guijarro Brillante—. ¿Están tus amigos aquí?

Guijarro Brillante negó con la cabeza. Quería llorar su desolación, pero hizo que su voz se mantuviera firme mientras respondía.

—No. Este no es el lugar adecuado después de todo.

—¿Hablas en serio? —exclamó Milo, llegando a la cima a tiempo para escuchar las palabras de Guijarro Brillante—. ¡Pero sonaba tan parecido a lo que describiste! Echa un buen vistazo. ¿Estás segura?

Guijarro Brillante volvió a mirar hacia abajo y luego le miró a los ojos.

—Estoy segura, Milo. Es lo que te describí. Solo que no es donde dejé a mis amigos.

Milo miró al suelo, pero Oliva saltó hacia Guijarro Brillante, inclinándose para acariciarle la mejilla con simpatía.

—¡Lo siento mucho, Guijarro Brillante!

—No es culpa tuya —respondió Guijarro Brillante—. Te pedí que me enseñaras un campamento de monstruos, y eso es lo que has hecho. No es culpa tuya que no sea el adecuado.

Milo dio un paso adelante, y los dos jóvenes gatos se apretaron contra Guijarro Brillante, uno a cada lado, intentando consolarla. Guijarro Brillante se sentía vacía. No tenía ni idea de lo que debía hacer a continuación.

—Tal vez deberíamos dormir —sugirió Oliva después de unos latidos—. Pronto oscurecerá. Probablemente las cosas se verán mejor por la mañana.

Guijarro Brillante murmuró que estaba de acuerdo. «*Podría dormir durante lunas y nada se vería más brillante, pero no quiero molestar a Oliva*».

—Ojalá mi familia estuviera aquí para darnos algo de comer ahora mismo —maulló Milo—. ¡Me gruñe tanto la barriga!

—Yo cazaré por ti —se ofreció inmediatamente Guijarro Brillante.

—Oh, no, no tienes que hacerlo —objetó Oliva—. Has tenido un momento horrible y necesitas descansar.

—Cazar me distraerá de mis preocupaciones —insistió Guijarro Brillante. No estaba segura de que eso fuera cierto, pero sabía que tenía que alejarse por un tiempo para aceptar que todo ese esfuerzo había sido en vano. Corría el riesgo de derrumbarse delante de dos Mininos Caseros.

«*Y eso es lo último que quiero, cuando se han tomado tantas molestias para ayudarme. No pueden entender lo desesperada que me siento ahora*».

La pendiente que conducía al campamento de los monstruos era menos profunda que la que ya habían subido, salpicada de arbustos y de algún que otro saliente de roca. Guijarro Brillante dejó a los gatitos en un lugar resguardado junto a un matorral de aulagas y salió a merodear en busca de presas.

El sol se había puesto y empezaba a anochecer. Al principio, lo único que Guijarro Brillante podía oler era el acre aroma de los monstruos, pero a medida que avanzaba hacia las zarzas y los árboles que bordeaban el campamento, empezó a percibir rastros claros de ratones y ardillas.

También se dio cuenta de que la disciplina de la caza la ayudaba a disipar la niebla de miseria que la rodeaba. Sintió el cosquilleo familiar en

las patas cuando vio una ardilla regordeta revolviéndose entre los escombros al borde de un zarzal y se puso en cuclillas de cazadora, concentrándose en su presa mientras se acercaba sigilosamente. Una brisa se levantó cuando Guijarro Brillante estaba casi a distancia de abalanzarse, llevando su olor hacia la ardilla. Guijarro Brillante se lanzó hacia ella, pero sus patas delanteras extendidas se estrellaron contra el suelo vacío.

La ardilla se alejó corriendo hacia el árbol más cercano. Guijarro Brillante se lanzó tras ella, pero no pudo atraparla antes de que trepara por el tronco y se agazapara en una rama baja, chillándole enfadada como si la desafiara a pelear.

«*¡Buena suerte con eso!* —pensó Guijarro Brillante—. *¡Soy una gata del Clan del Cielo!*».

Lanzándose hacia arriba en un tremendo salto, enganchó sus garras en la cola de la ardilla y la arrastró hacia debajo de la rama. La ardilla luchó brevemente, hasta que Guijarro Brillante la mató con un rápido mordisco en el cuello.

Respirando con dificultad, se puso de pie sobre el cuerpo inerte.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló. Pero entonces el pensamiento la golpeó: «*¿Pueden siquiera oírme?*». Estaba tan lejos de casa, tan lejos del Clan del Cielo; ni siquiera sabía dónde estaba. «*¿Lo sabe el Clan Estelar?*».

Se estremeció. Durante unos latidos había olvidado sus problemas, pero ahora volvían con toda su fuerza. En el desfiladero habría llevado la ardilla a la pila de carne fresca, pero ya no había campamento en el desfiladero, y se comería su presa sola, sin saber cuán lejos estaba de sus compañeros de Clan.

«*Ojalá Ala de Halcón hubiera visto esa presa, y pudiera compartirla con él*».

Haciendo a un lado su pena, Guijarro Brillante se dirigió a donde había dejado a los Mininos Caseros. Sus ojos brillaron en la oscuridad cuando vieron la presa que llevaba.

—¡Vaya, es enorme! —exclamó Milo—. ¿De verdad acabas de cazar eso?

—Debes de ser una cazadora brillante —añadió Oliva.

«*No está mal*», pensó Guijarro Brillante, un poco avergonzada de sí misma por disfrutar de los elogios de los Mininos Caseros.

—Compartámoslo —maulló, dejando caer su presa a las patas de sus amigos.

Tanto Oliva como Milo olfatearon la ardilla con recelo; Guijarro Brillante tuvo que animarlos arrancándoles un bocado de la carne.

—Pruébala, está muy buena —murmuró mientras engullía la presa. «*Imagínate, ¡no querer comer carne fresca!*».

Primero Milo, y luego Oliva, probaron la ardilla y le dieron unos mordisquitos.

—Está… eh… muy buena —murmuró Oliva amablemente.

—No creo que te guste —respondió Guijarro Brillante, ocultando su sorpresa. Nunca había conocido a un gato al que no le gustara una ardilla jugosa. De repente volvió a sentirse muy sola… igual que se había sentido mientras cazaba. Ella era la única gata del Clan aquí. Posiblemente ella era la única gata del Clan en cualquier lugar por aquí—. Lo siento.

—Nosotros también lo sentimos —le dijo Milo—. Especialmente después de que te tomaste la molestia de atraparlo. Pero realmente preferimos las bolitas de comida que nos dan nuestros amos. No son tan… peludos.

Cuando habían comido lo que pudieron, los dos gatitos se acurrucaron juntos al manto de los arbustos y se durmieron. Guijarro Brillante permaneció despierta mucho tiempo, mirando a los guerreros del Clan Estelar que brillaban sobre ella. «*Si yo puedo verlos, ellos pueden verme*», decidió. Eran las mismas estrellas que siempre había conocido, desde que era una cachorra en el desfiladero.

«*Mientras estén ahí, no estoy sola. Seguro que el Clan Estelar me ayudará a mí y a mis cachorros a encontrar el Clan del Cielo de nuevo*».

Guijarro Brillante durmió al fin, y despertó al amanecer para encontrar a Oliva y Milo acicalándose a su lado.

—Tenemos que volver a casa —maulló Milo—. Puedes venir con nosotros si quieres.

—Estoy segura de que nuestros amos te darían la bienvenida —añadió Oliva.

Guijarro Brillante negó con la cabeza.

—Gracias, pero… no. Tengo que seguir buscando a mi Clan.

—Entonces ven un ratito —la instó Oliva, acercando la punta de la cola al hombro de Guijarro Brillante—. Así tus cachorros nacerán en un lugar seguro.

Por un momento Guijarro Brillante se sintió tentada. Oliva y Milo serían buenos guerreros diurnos algún día. Tal vez podría quedarse con ellos, solo hasta que nacieran sus cachorros, como dijeron, y luego podría buscar al Clan del Cielo… «*Incluso podrían venir conmigo*». Pero entonces se dio cuenta de lo imposible que sería. Estaba tan lejos de los Clanes. Milo y Oliva nunca dejarían a su familia para viajar tan lejos. Y sus cachorros, si nacían como Mininos Caseros, no querrían irse. Si es que le permitían quedarse con sus cachorros. Recordaba las historias que le habían contado los guerreros diurnos, en las que Dos Patas se llevaban a los cachorros de sus madres, que nunca volvían a verlos.

«*No. Mis cachorros serán gatos del Clan*», juró.

—No puedo —maulló con firmeza—. Eres muy amable, pero necesito que mis cachorros nazcan en un Clan. Estoy más agradecida de lo que puedo expresar por todo lo que has hecho.

Los dos jóvenes gatos eran claramente reacios a dejarla, pero finalmente se despidieron, invitándola a visitarlos si alguna vez volvía por aquí. Guijarro Brillante se quedó de pie en la cresta de la colina, viéndolos correr ladera abajo. Al llegar al límite de la vivienda de Dos Patas, dieron media vuelta, agitaron la cola en señal de despedida y desaparecieron entre las guaridas de Dos Paras. Guijarro Brillante soltó un pequeño suspiro al verlos partir.

Cuando se fueron, Guijarro Brillante terminó de comer los restos de la ardilla y se sentó un rato mientras el sol salía por encima de la vivienda de Dos Patas. Sabía que tendría que seguir adelante, pero primero tenía que decidir adónde ir. Mientras estaba allí sentada, sintió una extraña agitación en el vientre y respiró con asombro al darse cuenta de que sus cachorros se movían por primera vez. De la nada, un fuerte sentimiento la invadió: la certeza de que sus cachorros estarían bien. «*Ellos son el futuro del Clan del Cielo. Tienen un destino, y el Clan Estelar se asegurará de que encuentren el camino a su Clan*».

Pero Guijarro Brillante se dio cuenta de que sus posibilidades de encontrar al Clan del Cielo ahora eran casi nulas. Incluso si de alguna manera pudiera encontrar el camino de vuelta al lugar donde los había perdido, ellos no seguirían allí. Estrella de Hojas habría tomado la decisión de seguir adelante, por el bien de todo el Clan.

Guijarro Brillante sabía que solo tenía una opción. No sabía dónde estaba el Clan del Cielo ahora, pero sabía dónde iban a estar.

«*Tengo que encontrar el lago, el lugar donde viven los otros Clanes*».

El agotamiento la abrumó ante ese pensamiento. Pero mientras se ponía de pie, miró al cielo, sabiendo que sus ancestros aún estaban allí, observándola desde detrás del brillo de la luz del día.

«*He llegado hasta aquí sola* —pensó—. *Soy más fuerte de lo que creía. ¡Y los encontraré!*».

CAPÍTULO 5

Guijarro Brillante se detuvo y abrió las mandíbulas para probar el aire. Estaba en un bosquecillo de árboles delgados, al borde de otras Guaridas de Dos Patas, y aunque sus sentidos estaban casi inundados por los olores de Dos Patas y monstruos, apenas podía distinguir el olor de los pájaros cercanos.

Había pasado casi una luna desde que Guijarro Brillante se despidió de Oliva y Milo, y su vientre estaba cargado con sus cachorros. Su peso hacía que la caza fuera más difícil, pero al mismo tiempo había adquirido más práctica cazando sola.

Decidida, se puso en cuclillas de cazadora y empezó a escabullirse en la dirección del olor. Pronto vio una paloma regordeta sentada en el extremo de una rama, aparentemente inconsciente de que Guijarro Brillante se acercaba sigilosamente. Guijarro Brillante se detuvo para probar la brisa y se dio cuenta de que soplaba en la dirección correcta, manteniéndola a sotavento de la paloma.

«*Si lo hago en el momento justo y no hago ruido, mis cachorros y yo tendremos una buena comida*». La ardilla que había cazado cerca del segundo campamento de monstruos había sido la última vez que Guijarro Brillante se había sentido bien alimentada. Desde entonces había seguido comiendo ratones y musarañas, pero necesitaba desesperadamente algo más sustancioso.

«*Si todavía estuviera con el Clan del Cielo, Ala de Halcón y los otros guerreros se asegurarían de que tuviera suficiente para comer. Pero no están aquí, así que tengo que depender de mí misma. ¡Puedo hacerlo!*».

Guijarro Brillante llegó al pie del árbol sin alertar a la paloma. Sabía que sus días de saltos increíbles habían terminado hasta que nacieran sus cachorros. En su lugar, comenzó a trepar por el tronco del árbol, teniendo cuidado de permanecer en el lado opuesto a la paloma. Cuando llegó al nivel

de la rama donde estaba sentada la paloma, se dio cuenta de que podría ser demasiado delgada. Si aterrizaba sobre ella, lastrada como estaba por su equipaje, la rama podría romperse fácilmente antes de que ella tuviera la oportunidad de abalanzarse.

Mirando hacia arriba, Guijarro Brillante vio una rama más robusta. Trepó y se aventuró sobre ella, planeando saltar para atacar a su presa. Pero justo cuando llegaba al punto por encima de su presa, la rama se hundió bajo su peso, y las sombras de las hojas pasaron por encima de la paloma.

Con un grito de alarma, la paloma desplegó las alas. Guijarro Brillante saltó instintivamente detrás de ella, mientras levantaba el vuelo y sobrevolaba el tejado de una pequeña vivienda de Dos Patas cercana. Sus garras rozaron las plumas de las alas de la paloma, pero antes de que pudiera agarrarla, ella y el pájaro cayeron juntos sobre el tejado. El impacto dejó a Guijarro Brillante sin aliento. Rodó sobre sí misma, aferrándose a su presa, solo para sentir que el tejado cedía bajo su peso. Soltó un aullido de consternación, agitando las patas, mientras se estrellaba contra el endeble revestimiento y caía.

Durante unos instantes, Guijarro Brillante estuvo demasiado aturdida para saber qué había pasado o dónde había ido a parar. Se agachó donde había caído, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

Al final, aún temblorosa por la conmoción, abrió los ojos y vio que había caído sobre un montón de heno y una especie de suave piel de Dos Patas. Su corazón latía con fuerza temiendo por sus cachorros, y se acurrucó alrededor de su vientre hinchado hasta que sintió que se movían dentro de ella. Dejando escapar un largo suspiro de alivio, susurró:

—Gracias, Clan Estelar.

Decidida a recobrar la compostura, Guijarro Brillante se puso en pie y miró a su alrededor. La paloma se había ido. La luz que entraba por el agujero del tejado mostraba sus paredes hechas de tiras de madera con una pequeña ventana. Había formas desconocidas apiladas alrededor de las paredes: algún tipo de material de Dos Patas almacenado allí, supuso Guijarro Brillante.

«*Bien… ¿Cómo salgo de aquí?*».

Guijarro Brillante se acercó a la puerta y se levantó para presionarla con las patas delanteras, pero no cedió. El agujero del tejado era demasiado alto para saltar y escapar por ahí. Intentó dos o tres veces saltar a la ventana, pero su pesada barriga la hacía torpe y sus saltos tenían menos fuerza de la que estaba acostumbrada. No pudo romper la piedra aunque tenía una grieta. Y no había otra salida, ni siquiera una ratonera.

La pequeña madriguera estaba llena de polvo y telarañas, lo que le decía a Guijarro Brillante que los Dos Patas no la visitaban muy a menudo. Cuando alguien viniera a dejarla salir, ya sería demasiado tarde. Un escalofrío recorrió a Guijarro Brillante desde las orejas hasta la punta de la cola al pensar que podría dar a luz a sus cachorros mientras estaba atrapada aquí, y todos morirían de hambre juntos.

Estaba sola. Ni siquiera podía ver al Clan Estelar desde aquí, o sentir su guía. De repente se sintió más desesperanzada que nunca.

«*Si Ala de Halcón o alguno de mis compañeros de Clan estuvieran aquí, sabrían que he desaparecido y vendrían a buscarme* —pensó Guijarro Brillante, completamente desdichada—. *No estaría en este lío. Pero mientras esté sola, no hay oportunidad para mí, ni para mis cachorros»*. Cansada y desanimada, Guijarro Brillante se acurrucó en el heno y se quedó dormida. No pasó mucho tiempo hasta que sintió una cálida sensación que la despertó: un gato le estaba lamiendo las orejas. Sobresaltada, abrió los ojos y vio a Ala de Halcón junto a ella. «*Pero no puede… no puede ser real, ¿verdad?*».

—Tienes que levantarte —maulló, dándole un codazo para ayudarla a ponerse de pie.

«*Si puedo sentirlo, debe de ser…*». Guijarro Brillante se apretó contra su compañero, enroscando la cola con la suya y ronroneando tan fuerte que pensó que nunca pararía. Durante unos latidos, Ala de Halcón se inclinó más cerca de ella y su olor la envolvió, de modo que sintió que le empapaba el pelaje, llevándole consigo un torrente de fuerza.

«*¿Está muerto y se comunica conmigo desde el Clan Estelar?*». El terrible pensamiento le oprimió el pecho. «*Pero no está brillando con la luz de las estrellas. ¡Está igual que cuando lo dejé! ¿Qué está pasando?*».

Ala de Halcón se apartó.

—Guijarro Brillante, hay cosas que debes hacer —le dijo.

Guijarro Brillante miró a su alrededor y se sintió aliviada al ver que también había otros de su Clan: el lugarteniente, Bigotes de Avispa; Canción de Eco, la gata curandera; Nube Diminuta y Macgyver; y más detrás de ellos, que se desvanecían en un borrón. A la cabeza estaba la líder del Clan, Estrella de Hojas, mirando a Guijarro Brillante con alegría y afecto en sus ojos ámbar. Una extraña luz los rodeaba, fluyendo de los gatos hasta llenar todos los rincones de la guarida.

—Estoy soñando, ¿verdad? —preguntó Guijarro Brillante, con la voz quebrada por la decepción. Incluso el tacto y el olor de Ala de Halcón debían

de formar parte del sueño. Por un momento había creído que Ala de Halcón y su Clan habían venido realmente a rescatarla.

Ala de Halcón asintió, enroscando la cola alrededor de sus hombros.

—Lo siento —maulló—. Ojalá pudiera estar contigo de verdad.

—¡He estado intentando volver contigo, desde que me llevaron a lomos de ese monstruo! —Las palabras brotaron de Guijarro Brillante, llenas de todos sus miedos y amargo arrepentimiento por su inútil esfuerzo—. Pero no puedo hacerlo sola, ¡no puedo!

—Sí puedes. —La voz de Ala de Halcón era fuerte y alentadora—. Guijarro Brillante, debes hacerlo. Nuestros cachorros tienen destinos importantes, y ahora mismo están en tus manos. Puedes hacer lo que hay que hacer.

—¿Pero cómo? —se lamentó Guijarro Brillante.

—Debes mantener la calma —maulló Ala de Halcón—. Piensa bien el problema, y recuerda que el Clan Estelar siempre está contigo. —Inclinando la cabeza, le dio otro lametón en las orejas—. Camina hacia el sol poniente —murmuró—. Vuelve a mí.

Entonces la luz comenzó a desvanecerse.

—¡No, no me dejes! —jadeó Guijarro Brillante—. ¡Aún no!

Pero fue inútil. El sueño se le escapó a Guijarro Brillante como si tratara de atrapar la niebla entre sus patas. Ala de Halcón y el resto del Clan se habían ido. Guijarro Brillante despertó y se encontró aún sola en la polvorienta madriguera.

Le dolía el corazón por la nueva pérdida. «*¿Qué era aquello?*».

«*¿Una comunicación? ¿Una visión?*». Guijarro Brillante sabía que no tenía esos poderes; no era una gata curandera. Además, pensó sombríamente, algo realmente terrible tendría que haber ocurrido para que todos los gatos que había visto estuvieran ahora en el Clan Estelar.

«*Era solo un sueño*».

Sin embargo, las palabras de Ala de Halcón sobre el destino de sus cachorros resonaban en su mente. «*Quiero creer que mis cachorros serán importantes para el Clan… ¿Es por eso que soñé que Ala de Halcón lo decía?*».

No importa, decidió. Lo que importaba era que antes de su sueño, estaba segura de que iba a morir… pero ahora creía que podía encontrar la salida por sí misma. «*Tengo que hacerlo. Por mis pequeños… y por mí. Tiene que haber una forma de escapar. Y puedo descubrirlo yo sola*».

Mirando con más cuidado alrededor de la guarida, Guijarro Brillante vio un palo largo apoyado contra la pared. Un segundo palo con muchos

dientes sobresalientes estaba clavado en un extremo. Guijarro Brillante no tenía ni idea de para qué lo usarían los Dos Patas, pero parecía que era justo lo que necesitaba. Empezó a empujarlo con cuidado a lo largo de la pared hasta que el extremo superior quedó apoyado contra la ventana agrietada.

Guijarro Brillante se agachó y se quedó mirando el palo mientras pensaba qué hacer. Probó a abalanzarse sobre la parte inferior del palo, donde estaban los dientes; cuando lo hizo, el otro extremo se levantó un poco de la ventana y, cuando lo soltó, cayó hacia atrás, golpeando la dura piedra clara.

«*¡Sí!*».

Al principio, Guijarro Brillante solo podía hacer que el palo golpeara ligeramente, pero a medida que lo intentaba con golpes cada vez más fuertes. Finalmente, un golpe hizo una pequeña grieta. Y cuando golpeó una y otra vez, agotándose, la grieta se hizo más y más grande, extendiéndose en todas direcciones. Finalmente, cuando estaba segura de que no podría seguir mucho más, cayó un pequeño fragmento de material transparente. Se abalanzó una vez más, y esta vez, cuando el palo golpeó la ventana, parte del material transparente se desprendió para hacer un agujero lo bastante grande como para que ella cupiera por él.

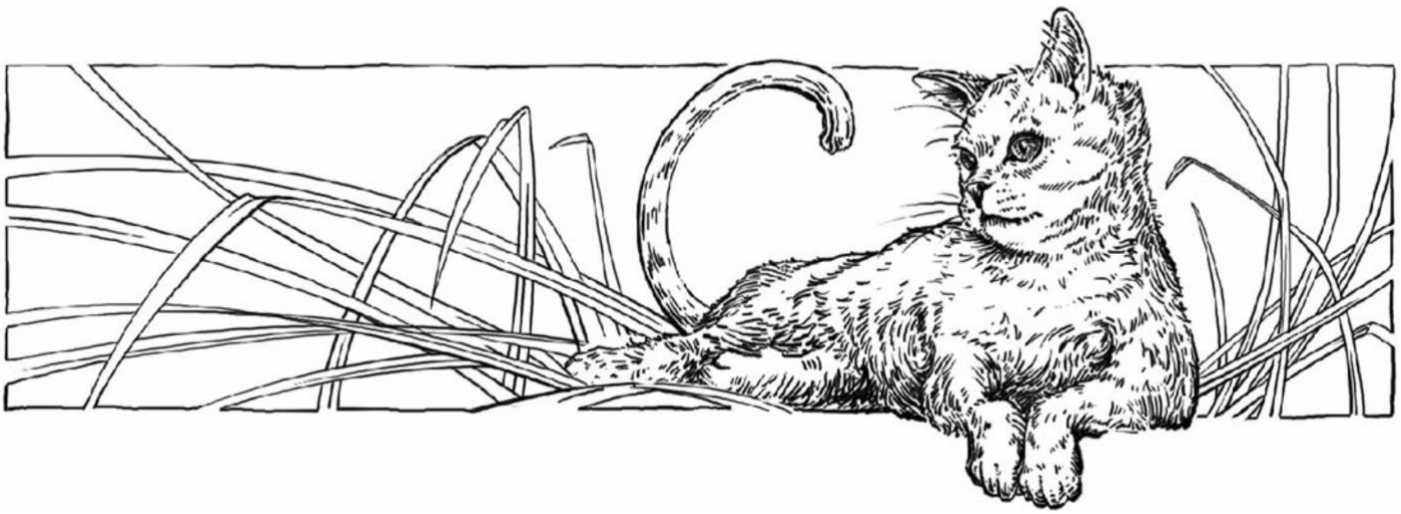
—¡Lo he conseguido! —aulló en voz alta.

Y lo que era mejor, el palo largo seguía apoyado en la ventana, por lo que Guijarro Brillante podía trepar por él como si fuera la rama de un árbol. Cuando llegó a la ventana, se coló con cuidado por el hueco, evitando los fragmentos afilados que aún se aferraban a los lados. Más fragmentos brillantes yacían en el suelo; Guijarro Brillante tuvo que fortalecer los músculos e impulsarse con un fuerte salto que la llevó más allá de ellos.

Cuando aterrizó a salvo en la suave hierba, la confianza fluyó a través de ella como un trago de agua fresca y clara.

—Mis cachorros y yo vamos a lograrlo —maulló—. Puedo hacerlo sola. ¡Soy lo suficientemente fuerte!

«*Gracias, Ala de Halcón de mi sueño, por recordarme que debo creer en mí misma* —añadió en silencio—. *Ahora sé que encontraré a mi Clan de nuevo*».



Capítulo 6

Guijarro Brillante se arrastró hasta la cima de una colina y se tumbó en la larga hierba para descansar. Habían pasado varios días desde que escapó de la pequeña madriguera de Dos Patas, y había estado viajando desde entonces.

Relajándose en un rayo de sol, Guijarro Brillante dejó que sus pensamientos se remontara al día anterior, cuando conoció a un extraño gato amarillo llamado Árbol.

Como estaba esperando cachorros, Árbol se había quedado cerca de ella durante la noche, ayudándola a vigilar a los depredadores. Y fue bueno que lo hiciera: un zorro cazador los había molestado, y había necesitado toda su fuerza y habilidad de lucha para ahuyentarlo.

Esa mañana, Guijarro Brillante había invitado a Árbol a venir con ella y buscar al Clan del Cielo, asegurándole que sería bienvenido. Pero Árbol se había negado. Había insistido en que era un solitario, y por mucho que Guijarro Brillante había intentado convencerle de que era bueno tener otros gatos en los que confiar, Árbol no cambiaría de opinión.

Lamentándolo mucho, Guijarro Brillante se había despedido de Árbol, pero no podía quitarse de encima la sensación de que, de algún modo, sus destinos estaban entrelazados.

—Tal vez vuelva a verlo —maulló en voz baja para sí misma—. Pero eso está en manos del Clan Estelar.

Desde el sueño, Guijarro Brillante había estado siguiendo el sol poniente, tal como Ala de Halcón le había dicho en su sueño. Todavía no estaba segura de dónde había venido exactamente su mensaje, pero la había sacado de aquella pequeña guarida, y por eso confiaba en él. Había avanzado

mucho desde aquel día, pero ahora que su vientre pesaba más, se sentía torpe y lenta, y se cansaba rápidamente.

«*No puede pasar mucho tiempo antes de que lleguen mis cachorros*», pensó.

No era la primera vez que Guijarro Brillante deseaba que Canción de Eco y Pelaje de Pecas estuvieran con ella, para que le dijeran si iba en la dirección correcta y lo cerca que estaba de tener crías. Una fría garra de miedo la invadió cuando pensó en dar a luz sin una gata curandera. Todo lo que podía hacer era tener fe en que ver a Ala de Halcón y a los otros no había sido solo un sueño, y que el Clan Estelar realmente la estaba ayudando.

Dispuesta a continuar, Guijarro Brillante levantó la cabeza y miró a su alrededor. Desde su posición privilegiada en la colina, el paisaje se extendía ante ella. Guijarro Brillante lanzó un grito de emoción cuando, a lo lejos, divisó un destello de agua. Sintió un extraño revoloteo en el estómago, pero trató de no ser demasiado optimista. No era la primera vez que veía agua en su viaje, pero aún no había encontrado ningún Clan.

Entonces se levantó una brisa que soplaba hacia Guijarro Brillante desde la dirección del agua. Al sentir el aire, percibió el leve olor de un gato. Parpadeó, desconcertada. No era el olor del Clan del Cielo, y estaba demasiado lejos del agua como para percibir el olor de un gato desde allí.

Además, este olor era diferente. Era helado, el olor de los gatos que caminaban con el viento nocturno y las estrellas. «*¡Las estrellas!*».

—Clan Estelar, ¿eres tú? —preguntó Guijarro Brillante, con voz temblorosa. Estaba tan lejos de su Clan, y sabía que no era una gata curandera. Pero tal vez, ahora y con su sueño, ¿el Clan Estelar estaba encontrando nuevas formas de enviarle mensajes?—. ¿De verdad estás aquí?

No hubo respuesta, ni visión de un guerrero estrellado.

El extraño aroma la envolvió un momento más y luego se desvaneció. Pero Guijarro Brillante no tenía ninguna duda sobre lo que debía hacer ahora.

Guijarro Brillante se levantó y bajó la colina en dirección al agua. Aunque pronto la perdió de vista, mantuvo la dirección fija en su mente. Sus patas la impulsaban, tan rápido como podía con el peso de sus cachorros, pero finalmente tuvo que detenerse y cazar.

«*Tengo que mantenerme fuerte por mis cachorros*», pensó, aunque se sentía inquieta. Quería llegar al agua lo antes posible.

Se había detenido junto a uno de los arbustos de tojo que salpicaban la ladera. Dirigiendo sus oídos hacia él, Guijarro Brillante captó el débil sonido de un roce, junto con un fuerte olor a ratón. Se pasó la lengua por las mandíbulas en espera de la jugosa presa.

Avanzando cautelosamente, recordando que un ratón sentiría la vibración de los pasos de sus patas antes de oírla u olerla, Guijarro Brillante se agachó bajo las ramas exteriores del arbusto y vio a su presa mordisqueando una semilla. Se impulsó con las patas traseras en un salto largo y bajo y golpeó con fuerza al ratón con ambas patas delanteras. Ni siquiera tuvo tiempo de chillar.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —murmuró Guijarro Brillante en voz alta antes de agachar la cabeza para darle un mordisco. «*Y gracias por guiarme en mi camino*», añadió en silencio.

Al reemprender la marcha, Guijarro Brillante sintió un repentino dolor en el vientre. Tuvo que detenerse y recuperar el aliento antes de volver a caminar, más despacio. Pero el dolor volvió una y otra vez, y finalmente Guijarro Brillante comprendió lo que significaba.

«*¡Vienen mis cachorros!*».

Todo en Guijarro Brillante luchaba contra el conocimiento. Había estado tan desesperada por llegar a casa y a Ala de Halcón antes de que nacieran sus cachorros. Y ahora que el Clan Estelar le había enviado una señal y la había dirigido hacia el lugar donde encontraría a los otros Clanes, lo único que quería era seguir avanzando hasta llegar al agua.

«*Pero parece que mis cachorros tienen otras ideas*», pensó secamente.

Guijarro Brillante siguió remando todo lo que pudo, pero los dolores se acercaban cada vez más, y al final tuvo que aceptar que no podía ir más lejos. Tenía que encontrar un lugar seguro para sus cachorros.

Se dirigía hacia un Sendero Atronador, y por unos instantes los rugidos y el áspero sabor de los monstruos, su velocidad y sus brillantes colores, la desconcertaron hasta el punto de que no pudo pensar qué hacer a continuación.

«*¡Oh, Clan Estelar, esto no puede ser lo que querías decir!*». Entonces Guijarro Brillante se dio cuenta de que el Sendero Atronador se alzaba sobre una ladera muy inclinada, unos cuantos metros por encima de su entorno, y que no muy lejos de donde ella se encontraba se abría un agujero oscuro al pie de la ladera. Una hondonada en la hierba conducía a él. Al acercarse cautelosamente, Guijarro Brillante pudo ver que era la boca de una especie de túnel. Un olor húmedo y mohoso salía a su encuentro, pero no había olor de otras criaturas en el interior. Unas barras de duro material de Dos Patas

cubrían la abertura, aunque estaban lo suficientemente separadas como para que ella pudiera deslizarse entre ellas.

—¿De verdad quiero entrar ahí? —se preguntó Guijarro Brillante.

En ese mismo momento le sobrevino otra oleada de dolor, tan abrumadora que Guijarro Brillante se dio cuenta de que no tenía elección. No le quedaba tiempo para buscar otro sitio. Al menos podía esperar que el túnel fuera seguro y protegido.

Guijarro Brillante bajó al fondo de la orilla y se deslizó entre los barrotes de la entrada del túnel. El olor a humedad la rodeaba y las piedras del suelo del túnel estaban resbaladizas por el agua. Un frío húmedo recorrió las patas de Guijarro Brillante mientras se adentraba en el túnel.

Empezaba a desesperar por no encontrar un lugar seguro para sus cachorros cuando, en la penumbra, distinguió una zona elevada a un lado del túnel y consiguió arrastrarse hasta ella. Las piedras eran desiguales y estaban cubiertas de escombros, pero al menos estaban secas.

—¡Eso es! —jadeó mientras se dejaba caer sobre un lado—. Cachorros, hasta aquí hemos llegado.

Un dolor tras otro recorrieron el vientre de Guijarro Brillante. Podía sentir cómo sus músculos se contraían y se estiraban mientras su cuerpo intentaba empujar a los cachorros hacia el mundo, pero no ocurría nada. Perdió la cuenta del tiempo que llevaba tumbada en el túnel, pero la tenue luz que se filtraba desde la entrada acabó por desvanecerse, dejándola a oscuras. Y sus cachorros seguían sin llegar.

—¡Oh, Clan Estelar, dame fuerzas! —ahogó entre dientes apretados.

—Toma —Guijarro Brillante sintió una pata en su hombro, y levantó la vista para ver a un gato amarillo pálido de pie junto a ella, empujando un palo hacia ella—. Muerde el palo cuando te duela — maulló.

—Pero quién… —Guijarro Brillante empezó, pero entonces el dolor la invadió de nuevo y la abrumó, y mordió con fuerza el palo hasta que la agonía desapareció—. ¿Quién eres? —preguntó cuando pudo volver a hablar. Parpadeó mirando al gato amarillo, que le acariciaba el costado con la punta de su larga cola—. No puedes ser un gato curandero, no aquí.

—Eso no importa —respondió el gato. Su voz era cálida y suave—. Vamos ahora, empuja duro, y pronto tendrás a tus cachorros aquí contigo.

—Hago lo que puedo… —La voz de Guijarro Brillante se entrecortó mientras se preguntaba por primera vez cómo podía ver al gato amarillo cuando el túnel estaba tan oscuro. Entonces se fijó en el brillo escarchado de las patas y las puntas de los bigotes del gato—. Oh… —El dolor volvió, tan intenso que Guijarro Brillante pensó que se le reventaría el vientre.

Agarró el palo con las mandíbulas y, en medio del caos, volvió a oír la voz del gato—. ¡Bien hecho, Guijarro Brillante! Una pequeña gatita. —Orgullo y amor inundaron a Guijarro Brillante cuando el gato empujó el bulto hacia ella. Inclinó la cabeza para lamer el pelaje húmedo de la gatita, cuando el dolor volvió a latir en su interior y sintió que una segunda gatita se le escapaba y caía al suelo arenoso del túnel.

—Otra gatita —anunció el gato—. Y eso es todo. Lo has conseguido, Guijarro Brillante.

—Son tan hermosas… —susurró Guijarro Brillante.

Tiró de las dos cachorras hacia la curva de su vientre y las lamió vigorosamente hasta que su pelaje estuvo suave y esponjoso. Una de ellas era blanca y negra, mientras que la otra tenía un pelaje gris como la de Ala de Halcón.

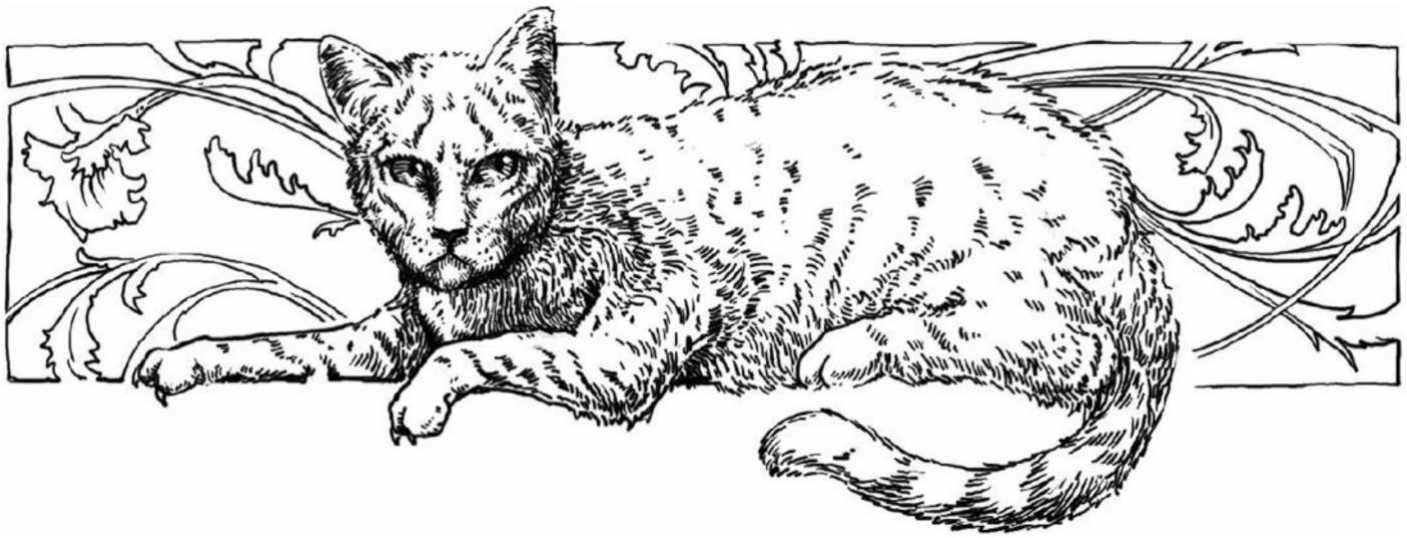
—Gracias por… —empezó, levantando la cabeza para hablar con el gato, solo para darse cuenta de que el misterioso gato la había abandonado. «*Tal vez me lo imaginaba*», pensó, aunque en el fondo sabía que había sido demasiado real, y ella lo había necesitado demasiado, para eso.

Pero Guijarro Brillante estaba demasiado absorta en sus cachorras como para pensar durante mucho tiempo en el gato del Clan Estelar que había venido a ayudarla. Estaba agotada, y todavía dolorida, pero estaba tan llena de alegría y amor que sentía que se derramaría de ella como un estanque inundado en la estación de la Hoja Nueva.

Las cachorras se retorcieron más cerca del vientre de Guijarro Brillante y empezaron a chupar con fuerza. Emitieron pequeños chillidos mientras la azotaban con sus suaves patas.

Guijarro Brillante sintió que su corazón iba a estallar, estaba tan lleno de amor. Sabía que daría de buena gana su vida por estas dos preciosas criaturitas.

—Ojalá su padre pudiera estar aquí, cachorritas —murmuró Guijarro Brillante—. Pero sé que cuando Ala de Halcón las vea, las querrá tanto como yo.



CAPÍTULO 7

Guijarro Brillante agachó la cabeza y lamió suavemente a sus dos hijas mientras mamaban de su vientre. Había pasado casi un día desde que dio a luz; seguían en el túnel, pero ella se había aventurado a salir mientras sus cachorras dormían y había recogido suficiente musgo y hojas para hacer un lecho acogedor.

«*Son tan hermosas…*». Guijarro Brillante se maravilló de que, después de todos los peligros y sinsabores que había sufrido, sus cachorras hubieran nacido fuertes y sanas. «*Les prometo que las llevaré al Clan del Cielo* —se dijo a sí misma en silencio—. *Crecerán como gatas del Clan. No sé cómo lo haré, pero de alguna manera, haré que suceda*».

Guijarro Brillante no recordaba cuándo había comido por última vez, y su vientre rugía de hambre. Sabía que tenía que mantener sus fuerzas para cuidar de sus cachorras y darles suficiente leche. Así que cuando las cachorras estuvieron bien alimentadas y se durmieron, acurrucadas una alrededor de la otra en un bulto peludo, se levantó con cuidado de no molestarlas. Odiaba dejarlas, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras caminaba de mala gana hacia la entrada del túnel.

—Ese es otro problema de ser una solitaria —murmuró para sí misma—. Tienes que cazar tu propia presa, incluso cuando tienes pequeños cachorros.

Cuando Guijarro Brillante salió del túnel, vio que el cielo seguía teñido de escarlata donde el sol acababa de ponerse. El crepúsculo ya se acumulaba en las hondonadas bajo el Sendero Atronador. De vez en cuando, la luz deslumbrante de los ojos de un monstruo se cernía sobre Guijarro Brillante, que estaba al pie de la orilla saboreando el aire.

Pronto Guijarro Brillante percibió el olor una musaraña.

Probó el aire y la localizó en una mata de hierba larga a unos metros de distancia. Acechó hasta que divisó a la pequeña criatura; entonces, de un salto y un golpe con una de sus patas delanteras, la mató y la devoró de dos grandes tragos.

La musaraña era demasiado pequeña para saciar su hambre, pero Guijarro Brillante no quería pasar más tiempo lejos de sus cachorras. Esperaría una presa más saciante más tarde.

Pero mientras regresaba al túnel, Guijarro Brillante percibió otro olor, lo bastante fuerte como para anegar incluso el áspero aroma del Camino del Trueno.

«*¡Tejón!*».

Guijarro Brillante se quedó inmóvil, moviendo solo la cabeza mientras intentaba descubrir al intruso. El olor era fresco; la criatura debía de estar cerca. Finalmente distinguió el torpe cuerpo oscuro, la raya blanca de la cabeza del tejón parecía brillar en el crepúsculo.

El tejón se acercaba hacia ella, torpemente, junto a la orilla, clavando el hocico en las matas de hierba a medida que se acercaba. Guijarro Brillante supuso que cazaba babosas o escarabajos, pero no levantaba el hocico ante presas más grandes. Se agachó, tratando de hacerse lo más pequeña posible, sin dejar de mantener la mirada fija en la feroz criatura.

Al principio pensó que el tejón ignoraría la entrada del túnel y seguiría su camino sin hacer daño. Pero cuando el tejón pasaba por el túnel, uno de los cachorros que había dentro lanzó un delgado chillido.

Guijarro Brillante sintió que su corazón empezaba a palpitar de terror. «*¡Oh, no! ¡Mis cachorras! ¿Por qué han tenido que despertarse ahora?*». Sabía lo fuertes y despiadados que eran los tejones; si entraba y encontraba el lecho, atacaría a sus cachorras y probablemente se las comería.

El tejón se detuvo y se volvió, levantando la cabeza para olfatear el aire. Era demasiado grande para colarse entre los barrotes de la entrada del túnel. Guijarro Brillante esperó un momento, con la esperanza de que fueran lo suficientemente fuertes como para mantenerlo fuera. Pero cuando los lamentos estallaron de nuevo, más fuertes ahora, el tejón se lanzó hacia delante, golpeando contra los barrotes. Guijarro Brillante oyó un crujido, como si la barrera estuviera a punto de ceder.

—¡No! —gritó.

Corrió hacia el tejón y se abalanzó sobre él, clavándole las garras en el costado y alejándose a toda velocidad. El tejón se volvió hacia ella, asustado, y Guijarro Brillante saltó de nuevo hacia él y le arañó el hombro.

El tejón soltó un gruñido furioso. Pareció olvidar a la cachorra que lloraba en el túnel y se acercó a Guijarro Brillante. Dejó que se acercara lo suficiente como para golpearla con sus garras contundentes y poderosas, luego se dio la vuelta y se alejó corriendo, subiendo por la orilla hasta el borde del Sendero Atronador.

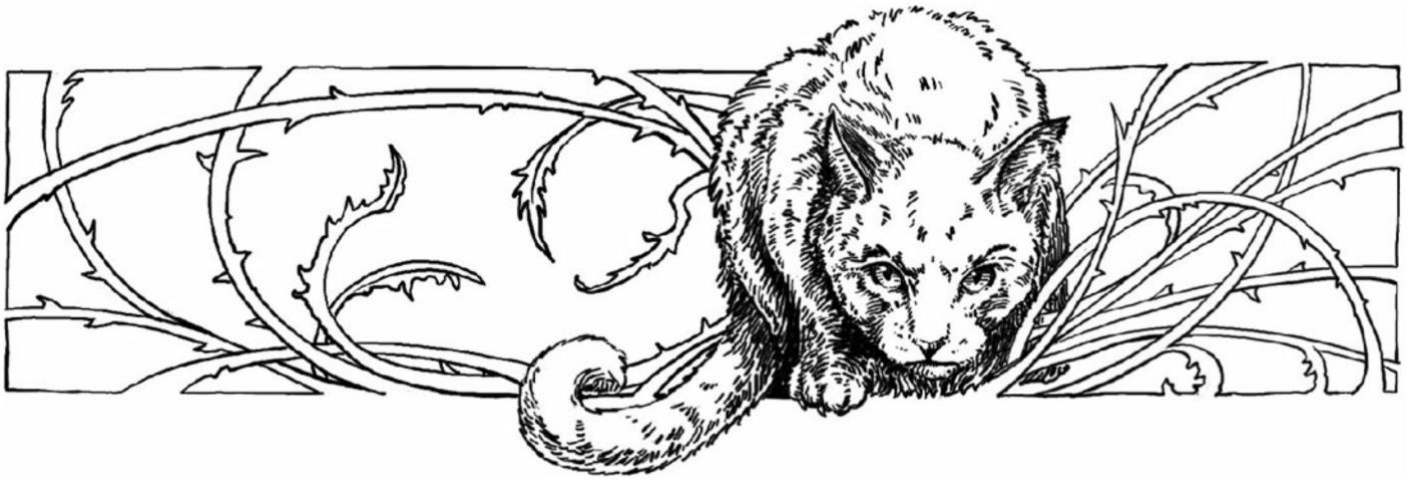
Su corazón latía con una mezcla de miedo y alegría mientras esperaba a que el tejón la siguiera.

Se regocijaba en su propia fuerza y velocidad, en las habilidades guerreras que le habían dado el poder para salvar a sus hijas.

«*Está tan ansioso por atraparme que no pensará más en mis cachorras*».

Guijarro Brillante miró por encima de su hombro mientras corría por el Sendero Atronador. La enorme bestia estaba dura sobre sus patas, con las fauces abiertas para mostrar una boca llena de fuertes dientes.

—Vamos, topo lento —se burló—. No puedes… —Guijarro Brillante se interrumpió cuando un destello de luz la envolvió. Sus oídos se llenaron de rugidos. Recibió un fuerte golpe en el costado y se sintió volar por los aires. Apenas tuvo tiempo de soltar un grito ahogado antes de que el mundo entero se volviera negro.



CAPÍTULO 8

Guijarro Brillante abrió los ojos y se encontró tendida sobre la dura superficie del Sendero Atronador. La rodeaba una luz intensa y podía oír el sonido de un monstruo, cuyo rugido se había reducido a un ronroneo gutural. Cuando intentó levantar la cabeza, cada músculo de su cuerpo chilló de agonía.

Voces de Dos Patas sonaban en algún lugar cercano; Guijarro Brillante quiso levantarse y salir corriendo, pero sus piernas no le obedecían. Al momento siguiente, un Dos Patas estaba de pie junto a ella. Guijarro Brillante reanudó sus débiles forcejeos, pero no pudo resistirse cuando el Dos Patas se agachó y la levantó con suavidad, luego la envolvió en algo blando y la llevó hacia el monstruo cercano.

—¡No! —Guijarro Brillante aulló desesperadamente—. ¡Tengo que volver con mis cachorras! ¡Bájame! Tengo que volver con mis cachorras.

Pero el Dos Patas no entendía nada.

Guijarro Brillante quiso arañar las zarpas del Dos, pero estaba atrapada en el suave envoltorio y no podía controlar sus patas. El Dos Patas la llevó al vientre del monstruo; Guijarro Brillante hizo un último y enorme esfuerzo por luchar, pero el dolor volvió a invadirla y tuvo que ceder ante la oscuridad. «*Toda esta aventura empezó con un monstruo que me llevaba* —se dio cuenta—. *Luego, me alejó de Ala de Halcón y de mi Clan; ahora, de mis cachorras*».

Su última sensación fue que el monstruo comenzaba a alejarse.

* * *

Guijarro Brillante sintió el calor del sol en su pelaje. Su nariz se agitó ante los olores de las cosas frescas que crecían a su alrededor. Ya no sentía dolor. Debería haber sido un alivio, pero no pudo evitar sentirse alarmada.

«*Esto no está bien… ¿Qué me ha pasado?*».

Al abrir los ojos, Guijarro Brillante se sintió deslumbrada por la luz del sol. Cuando su visión se aclaró, descubrió que estaba tumbada en la frondosa hierba de un prado. Un gato se inclinaba sobre ella; Guijarro Brillante soltó un grito al reconocer al gato amarillo pálido que la había ayudado a dar a luz a sus cachorros.

—¡Eres tú! —exclamó—. Pensé que te había imaginado.

La diversión brilló en los ojos del gato.

—No, soy real —respondió—. Me llamo Micah. Fui el primer gato curandero del Clan del Cielo. Me alegro de haber podido ayudarte cuando lo necesitabas.

«*El primero…* —Guijarro Brillante se quedó sin aliento, asombrada— *Vino de hace tanto tiempo… ¿por mí?*».

—Hay algunos amigos esperando para recibirte —le dijo Micah.

Se hizo a un lado. Guijarro Brillante se incorporó y vio a un grupo de gatos a unos cuantos metros de ella. Un guapo gato pelirrojo y blanco se adelantó e inclinó la cabeza.

—Bienvenida, Guijarro Brillante —maulló.

—¡Tormenta Billy! —Guijarro Brillante gritó su nombre mientras se levantaba de un salto. Su antiguo mentor parecía fuerte y sano, no destrozado por las garras de un tejón como la última vez que lo había visto— Pero estás…

—Muerto, sí —Tormenta Billy dejó escapar un ronroneo afectuoso—. Este es el territorio del Clan Estelar.

Por primera vez Guijarro Brillante se fijó en el brillo helado del manto de Tormenta Billy, y en los mantos de los otros gatos que aún esperaban para saludarla.

—Entonces, ¿yo también estoy muerta? —preguntó. Mirándose las patas, no pudo ver ni rastro del brillo de las estrellas.

—Sí —respondió un gato de pelaje pelirrojo oscuro, con sus agudos ojos verdes fijos en Guijarro Brillante—. Pero aún no has entrado en el Clan Estelar. Hemos venido a darte la bienvenida.

—¡Garra Afilada! —susurró Guijarro Brillante al reconocer al lugarteniente del Clan del Cielo que había muerto luchando contra Cola Oscura y sus pícaros en el desfiladero—. Y Zarpa del Anochecer, tú también estás aquí —añadió, dirigiéndose a un joven gato atigrado pelirrojo—. ¡Oh,

Zarpa del Anochecer, estás genial! Siento mucho que no pudiéramos rescatarte del fuego. Y Brinco de Fuego, y Pequeña Menuda… ¡Pensé que los había perdido a todos para siempre!

Durante unos latidos, Guijarro Brillante no sintió más que alegría al ver a sus compañeros de Clan muertos, a salvo y felices ahora en el Clan Estelar. Pero entonces las terribles imágenes y sonidos se agolparon de nuevo en su mente: las garras romas y destructivas del tejón; la luz dura y los olores acre de los monstruos en el Sendero Atronador; lo peor de todo, los lamentos desgarradores de sus cachorras abandonadas. La ansiedad le roía el vientre, afilada como los colmillos de un zorro.

Se volvió hacia Micah.

—¡Mis cachorras! —exclamó—. Tengo que volver con mis cachorras. No están a salvo solas.

—Tus cachorras estarán bien —la tranquilizó Micah—. Ven aquí, y te mostraré

—Pero…

Micah la interrumpió con un movimiento de su cola.

—Ven.

Guijarro Brillante, que no estaba segura de si creía las palabras tranquilizadoras del gato, siguió a Micah por la hierba hasta que llegaron a un estanque. Micah saltó hasta el borde del agua y agitó la cola una vez más, haciendo señas a Guijarro Brillante para que se uniera a él.

—Mira dentro del agua —le dijo a Guijarro Brillante cuando llegó a su lado.

Guijarro Brillante contempló las profundidades del estanque. Al principio solo veía las algas y los destellos plateados de los pececillos que iban y venían entre las frondas. Luego se le nubló la vista y, cuando pudo volver a ver con claridad, se dio cuenta de que estaba contemplando el Sendero Atronador y la entrada del túnel donde había dejado a sus cachorras.

El sol brillaba. Cada pelo de la piel de Guijarro Brillante se erizó de aprensión al pensar que sus cachorras habían estado solas al menos una noche, y tal vez más.

Por un momento pensó que podría saltar al estanque y volver con sus cachorras, pero Micah extendió la cola sobre su pecho, bloqueándola.

—No —maulló suavemente—. Mira.

Mientras Guijarro Brillante miraba el agua, vio movimiento en la ladera cubierta de hierba que llevaba al Sendero Atronador. Dos gatos jóvenes bajaban lentamente: uno de ellos era un gato pelirrojo oscuro, y la otra una gata de pelaje gris plateado. Guijarro Brillante respiró aliviada al reconocer

los cuerpos delgados y musculosos y los familiares movimientos de patrulla de los gatos del Clan. Por su edad, supuso que debían de ser aprendices.

—¿Quiénes son? No son del Clan del Cielo, pero son gatos del Clan, ¿no?

Micah asintió.

—Sí, lo son. Encontrarán a tus cachorras y las llevarán a los Clanes. Un día, tus hijas podrán volver a unirse al Clan del Cielo, y conocerán a su padre, Ala de Halcón.

Guijarro Brillante se alegró al oír eso, aunque sintió que su corazón se rompería al darse cuenta por primera vez de que nunca lograría volver con Ala de Halcón.

Intentó consolarse con la idea de que sus cachorras conocerían a su padre, pero aún no estaba segura de creer que Micah tuviera razón.

—Todavía tengo que velar por ellas —protestó—. Tienen un destino especial, me lo dijeron en un sueño. Y son mis cachorras. No estoy dispuesta a confiar en gatos extraños para que los cuiden.

Micah la miró, con ojos profundos de comprensión.

—Hay una forma de volver —le dijo al fin.

—¿Cómo? —Guijarro Brillante sintió que su pelaje se erizaba de impaciencia. Durante unos latidos, el gato curandero pareció reacio a hablar—. ¡Dime qué tengo que hacer! Me arriesgaré a lo que sea.

Micah parpadeó, todavía indeciso.

—Solo serás una observadora —maulló al fin—. Tus cachorras no podrán verte ni saber que estás cerca de ellas. Y tampoco ningún otro gato que te importe. Es una forma solitaria de estar. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Guijarro Brillante sintió una repentina punzada de desolación al pensar que nunca podría volver a amamantar a sus cachorras, nunca lamer su suave pelaje ni enseñarles el código del guerrero. Y se estremeció al pensar que, aunque viera a sus cachorras en peligro, no podría ayudarlas. Pero eso no fue suficiente para hacerla cambiar de opinión.

—¡Claro que estoy segura! —insistió, clavando las garras en el suelo con impaciencia. «*Quizá pueda ayudarles de alguna manera, como Micah cuando me trajo aquel palo*»—. ¡Adelante!

—Si te vas ahora, quizá no puedas volver al Clan Estelar en mucho tiempo —le advirtió Micah—. Tal vez deberías hacer lo que todos tus antepasados guerreros han hecho, y velar por tus cachorras en el Clan Estelar.

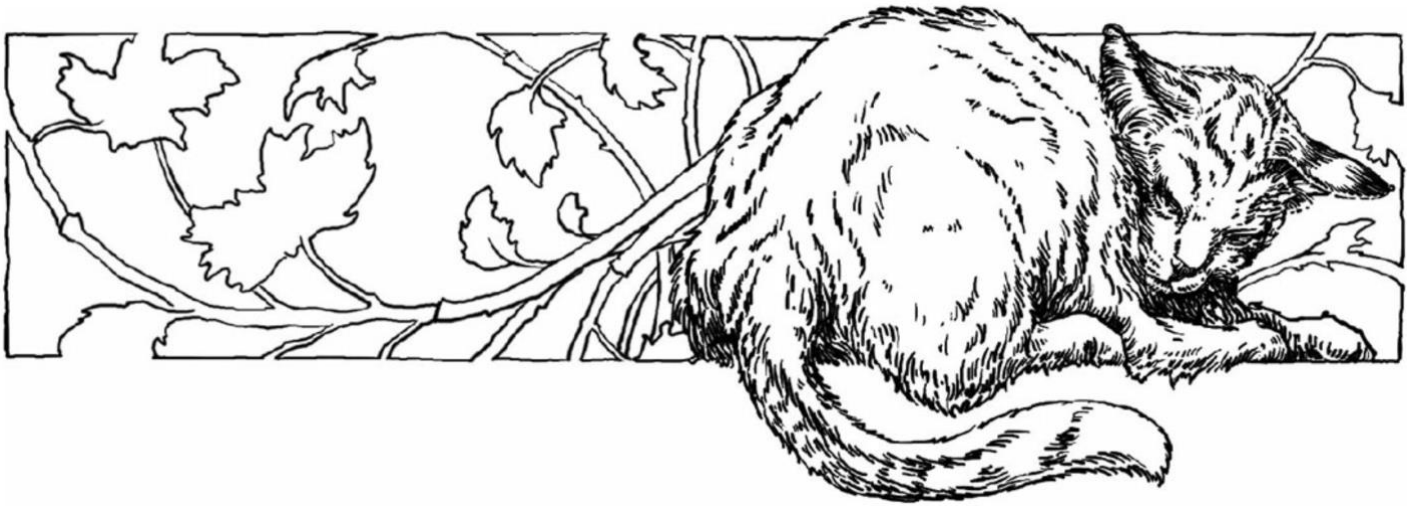
—Estoy segura —repitió Guijarro Brillante—. Llevo muchos días viviendo como una solitaria. Puedo aguantar el tiempo que haga falta para cuidar de mis hijas. Y no necesito estar en el Clan Estelar para velar por ellas. Además —añadió— mis antepasados guerreros sabían que sus seres queridos estarían a salvo en su Clan, en el Clan del Cielo. Pero los otros Clanes expulsaron al Clan del Cielo del bosque. ¿Por qué debería confiar en esos Clanes ahora? Espero que traten a mis cachorras con justicia, pero no hay forma de que pueda saberlo. Quiero quedarme al menos hasta que el Clan del Cielo las encuentre, hasta que lleguen al final de su viaje al lago.

Micah suspiró, luego asintió, aceptando por fin su decisión.

—Eres una gata valiente, Guijarro Brillante —maulló.

Guijarro Brillante bajó la cabeza en agradecimiento por su elogio. Recordó ver a Milo y a Oliva alejarse, y luego salir por su cuenta… recordó golpear la ventana una y otra vez en la pequeña guarida, y la satisfacción que sintió cuando sus patas volvieron a tocar la hierba.

—Si he aprendido algo en este viaje, es que puedo confiar en mí misma para hacer lo que hay que hacer. Espero que mis hijas también aprendan esa lección, ya sea por sí mismas o porque yo las vigilaré. Formar parte de un Clan es algo maravilloso, pero también lo es saber que puedes depender de ti mismo. —Se enderezó, con la cabeza y la cola erguida—. Entonces, Micah, ¿qué tengo que hacer?



Capítulo 9

Micah rozó su mejilla con la de Guijarro Brillante.

Desde detrás de él, Tormenta Billy gritó:

—¡Buena suerte!

El resto de los antiguos compañeros de Clan de Guijarro Brillante se hicieron eco de sus buenos deseos, mientras Zarpa del Anochecer saltaba hacia delante para enroscar brevemente su cola con la de ella y darle un afectuoso lametón en la oreja.

—Al final volverás aquí —le aseguró—. Sé que lo harás.

La promesa de su amigo calentó el corazón de Guijarro Brillante, convenciéndola de que no estaba condenada a la soledad entre la vida y la muerte para siempre.

—Gracias, Zarpa del Anochecer —murmuró.

Mientras Zarpa del Anochecer se retiraba para reunirse con sus compañeros de Clan, Micah hizo un gesto con la cola.

—Un paso adelante hacia la charca —maulló.

Con determinación, Guijarro Brillante se deslizó desde la orilla cubierta de hierba. Por un instante se estremeció al sentir el agua fría salpicando alrededor de sus patas, y luego comenzó a nadar a través de un remolino de verde y plata. Los colores se desvanecieron antes de que Guijarro Brillante pudiera perder el conocimiento, divisó una salida y empezó a nadar hacia ella. Dejó atrás un cielo azul cubierto por una fina nube. Al momento llegó a tierra firme y se subió a ella. Cuando salió, se dio cuenta de que sus patas ni siquiera estaban mojadas.

Parpadeando, Guijarro Brillante miró a su alrededor. Estaba de pie en una ladera cubierta de hierba cerca del Sendero Atronador, y a no muchos

metros de distancia podía ver la orilla que contenía la oscura brecha de la entrada del túnel.

Le picaban las patas para bajar la ladera y entrar en el túnel en busca de sus cachorros, pero antes de que pudiera moverse, empezó a oír las voces de dos gatos en algún lugar detrás de ella, más arriba en la ladera. Estaban demasiado lejos para que Guijarro Brillante pudiera distinguir las palabras, pero sonaban como si estuvieran discutiendo.

«*Ojalá uno de ellos fuera Ala de Halcón* —pensó— *Tal vez mis compañeros de Clan me hayan encontrado después de todo*».

Guijarro Brillante se volvió y se tragó un grito de decepción al reconocer al gato pelirrojo y a la gata gris plateada que Micah le había mostrado en el estanque. Bajaban por la ladera hacia ella.

Comenzó a agacharse detrás de una espesa mata de hierba antes de recordar que los gatos vivos no podían verla. Los dos aprendices desconocidos se detuvieron tan cerca de ella que si hubiera estirado la cola podría haberlos tocado. A Guijarro Brillante le costaba creer que estuviera tan cerca de ellos y, sin embargo, no tuvieran ni idea de que estaba allí.

—Cerebro de ratón —murmuró para sí misma, y aguzó las orejas para escuchar lo que decían los gatos.

—No creo que Tormenta de Arena se refiriera a un camino diferente *literal* —maullaba el gato pelirrojo—. Solo… —La emoción brotó dentro de Guijarro Brillante al oír el nombre Tormenta de Arena. «*¡Es un nombre de guerrero! ¡Realmente son gatos del Clan!*».

Preocupada por el descubrimiento, se perdió las siguientes palabras del gato pelirrojo, aunque se dio cuenta de que los dos gatos aún parecían estar en medio de algún tipo de riña. Guijarro Brillante pudo darse cuenta de que la discusión no era seria. Parecían amigos, así que seguramente actuarían juntos para rescatar a sus cachorras.

Guijarro Brillante dejó escapar un ronroneo al pensar que la ayuda para sus hijas estaba tan cerca. Un latido más tarde, cada pelo de su pelaje se estremeció de asombro cuando la gata gris se volvió hacia ella, con una mirada desconcertada.

«*¿Puede oírme?* —se preguntó Guijarro Brillante—. *Eso no es lo que dijo Micah*».

Guijarro Brillante se acercó a la gata gris plateada.

—Por aquí —le susurró al oído—. Abajo, en la hondonada cubierta de hierba, donde puedes ver ese agujero oscuro.

Al principio la gata no reaccionó. «*¡Tengo que llamar su atención!* —pensó Guijarro Brillante, agonizante—. *De alguna manera tengo que*

guiarla hacia mis cachorras. Tal vez si pienso lo suficiente…». Se concentró en el túnel, imaginándose a sí misma deslizándose a través de los barrotes y avanzando en la penumbra hasta encontrar el lecho. Se le vino a la mente la imagen de dos pequeños cachorros, uno gris y otro blanco y negro, acurrucados y pidiendo ayuda.

«*¡Vamos!* —Guijarro Brillante dirigió sus pensamientos hacia la gata gris—. *¡Te necesitan!*».

La gata sacudió su pelaje, tan incómoda como si sintiera hormigas arrastrándose por su piel. No podía ver a Guijarro Brillante, pero era evidente que estaba captando algo. Sus patas se movieron y miró hacia la ladera.

—¡Mira! —aulló. Sin esperar a que su compañero respondiera, se lanzó hacia abajo, donde la entrada del túnel se abría en la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —gritó tras ella el gato pelirrojo, erizando su pelaje con irritación mientras seguía los pasos de ella—. Eso parece peligroso.

Guijarro Brillante observó cómo la gata gris se daba la vuelta, poniendo los ojos en blanco hacia su amigo.

—¿Tienes abejas en el cerebro. o qué? —preguntó—. Mira, pasamos *sobre* el Sendero Atronador, y ahora hay un «camino diferente» que lleva *por debajo*. ¡Además, todo está en las sombras! ¡Podemos ir por este camino!

El gato pelirrojo aún parecía reacio. Guijarro Brillante quiso darle un empujón, pero sabía que no sentiría nada si lo intentaba. El miedo le acalambró el vientre al preguntarse si sería capaz de persuadir a su amiga para que no entrara en el túnel.

Pero aunque el gato seguía discutiendo, la gata no escuchaba. La esperanza surgió en el interior de Guijarro Brillante cuando, con un movimiento de la cola, la gata gris plateada se escurrió entre los barrotes de la entrada del túnel y desapareció. El gato pelirrojo vaciló, dejando escapar un suspiro, y luego la siguió.

Guijarro Brillante corrió ladera abajo y entró en el túnel tras ellos. Al principio no pudo oír nada, excepto las voces de los dos gatos del Clan, y un nuevo miedo se apoderó de ella.

«*¿El tiempo pasa de otra manera en el Clan Estelar? ¿Cuánto tiempo he estado fuera?*».

Guijarro Brillante sabía que sus cachorras eran demasiado jóvenes para sobrevivir mucho tiempo sin su madre. Podrían estar muertas en su lecho en ese mismo momento, y toda su lucha habría sido en vano.

Entonces sintió un gran alivio cuando, desde algún lugar más adelante, Guijarro Brillante oyó el suave llanto de una cachorra. La gata se había apresurado a pasar sin darse cuenta del lecho, y fue el gato quien oyó el grito; se detuvo con las orejas aguzadas. Luego se puso de nuevo en marcha, avanzando a grandes zancadas hasta llegar a los gatitos.

—¡Oh, queridas! ¡Están vivas! —susurró Guijarro Brillante. Pero al mirar por encima del hombro del gato, vio lo delgadas y frágiles que parecían sus dos hijas.

Aunque aún no habían abierto los ojos, parecían sentir la presencia del gato y estiraron el cuello hacia él, lanzando pequeños chillidos de angustia.

La gata regresó saltando por el túnel para reunirse con su amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estás…? —Se interrumpió y se detuvo al ver el lecho—. ¡Son *cachorros*! —exclamó.

—¿Dónde está su madre?

Guijarro Brillante se estremeció.

—Estoy aquí —maulló—. No las abandonaría.

La gata gris miró a su alrededor, y por un instante Guijarro Brillante pensó que la había oído.

Pero la mirada de la gata pasó por encima de ella.

—Sus ojos ni siquiera están abiertos todavía —continuó—. Solo pueden tener unos pocos días.

—Y están tan delgados —agregó el gato—. Puedo darme cuenta de que no han comido en un tiempo.

—Iré a buscar a su madre. —La gata gris se alejó por el túnel y salió por la entrada del otro extremo. Guijarro Brillante pudo oírla llamando fuera.

Una vez que se había ido, el gato pelirrojo se inclinó sobre los dos cachorros y los examinó más de cerca, dejando que sus patas recorrieran sus pequeños cuerpos e inclinando la cabeza para olerlos a fondo. Sus patas eran suaves y parecían moverse con conocimiento de causa.

«*Es demasiado joven para ser un gato curandero* —pensó Guijarro Brillante—. *Pero parece experimentado... Tal vez sea un aprendiz de gato curandero*».

Finalmente el gato se enderezó.

—¡Oye, Zarpa de Acícula! —aulló—. Olvida a su madre por ahora. Estas cachorras necesitan comer. ¡Atrapa algo, de inmediato!

«*¡Gracias al Clan Estelar!*», Guijarro Brillante se sintió aliviado de que el joven gato fuera lo suficientemente inteligente como para ver lo que necesitaban sus cachorras y ocuparse de ellas de inmediato. Había autoridad en su voz cuando llamó a su amiga. «*Mis cachorras necesitan otra gata que*

los amamante, pero no pueden tenerla hasta que lleguen a los Clanes. Algunas presas masticadas las mantendrán hasta entonces. Tal vez todo salga bien».

Guijarro Brillante pasó junto al gato y se acurrucó alrededor de sus cachorras en el lecho. Aunque sabía que no podían sentirla ni olerla, parecían sentir su presencia de algún modo, porque dejaron de llorar y se calmaron. Guijarro Brillante agachó la cabeza y las acarició suavemente.

«*Si Ala de Halcón estuviera aquí para darles calor…*». Por debajo de su ansiedad por sus cachorros, a Guijarro Brillante le dolía el corazón al pensar que nunca volvería con él, que nunca volvería a estar cerca de él, que nunca compartiría lenguas con él ni sentiría el calor de su pelaje.

Incluso ahora podía imaginarse a Ala de Halcón todavía cerca del campamento de monstruos, esperando en vano que ella regresara con sus cachorras, o buscando frenéticamente en grandes extensiones de territorio, a través de Poblados de Dos Patas y a lo largo de Senderos Atronadores, todavía con la esperanza de encontrarla.

Siempre había creído que ella y Ala de Halcón envejecerían juntos, viendo con orgullo a sus cachorras crecer y criar a sus propios hijos. Ahora tenía que abandonar ese sueño, o parte de él. Nunca volvería a estar con Ala de Halcón como deseaba, pero nada le impediría velar por sus cachorras. Recordó lo que había dicho Micah, que no estaba siguiendo el camino de sus antepasados guerreros… no, estaba emprendiendo su propio camino, igual que había hecho en el viaje que comenzó con el aquel monstruo de gallinas. Pero ahora, como entonces, sabía que estaba en el camino correcto: cerca de sus cachorras, y cerca de estos dos jóvenes gatos que debían estar profundamente conectados a su destino y al destino de su Clan.

«*Puede que nunca vuelva a ver mi antiguo hogar. Nunca viviré en el desfiladero, y nunca dormiré rodeada de mis compañeros de Clan* —pensó—. *Y sin embargo… estoy en casa. Este es mi hogar ahora, dondequiera que estén*».

—Estoy aquí —susurró de nuevo a sus cachorras—. Lo prometo, me quedaré con ustedes.